

CAUTIVADA POR MIS Compañeros

LUNA WILDER

CAUTIVADA POR MIS COMPAÑEROS

RED RIDGE PACK

LIBRO 4

LUNA WILDER

ÍNDICE

Want a free book?

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Want a free book?

Acerca del Autor

Otras Obras de Luna Wilder

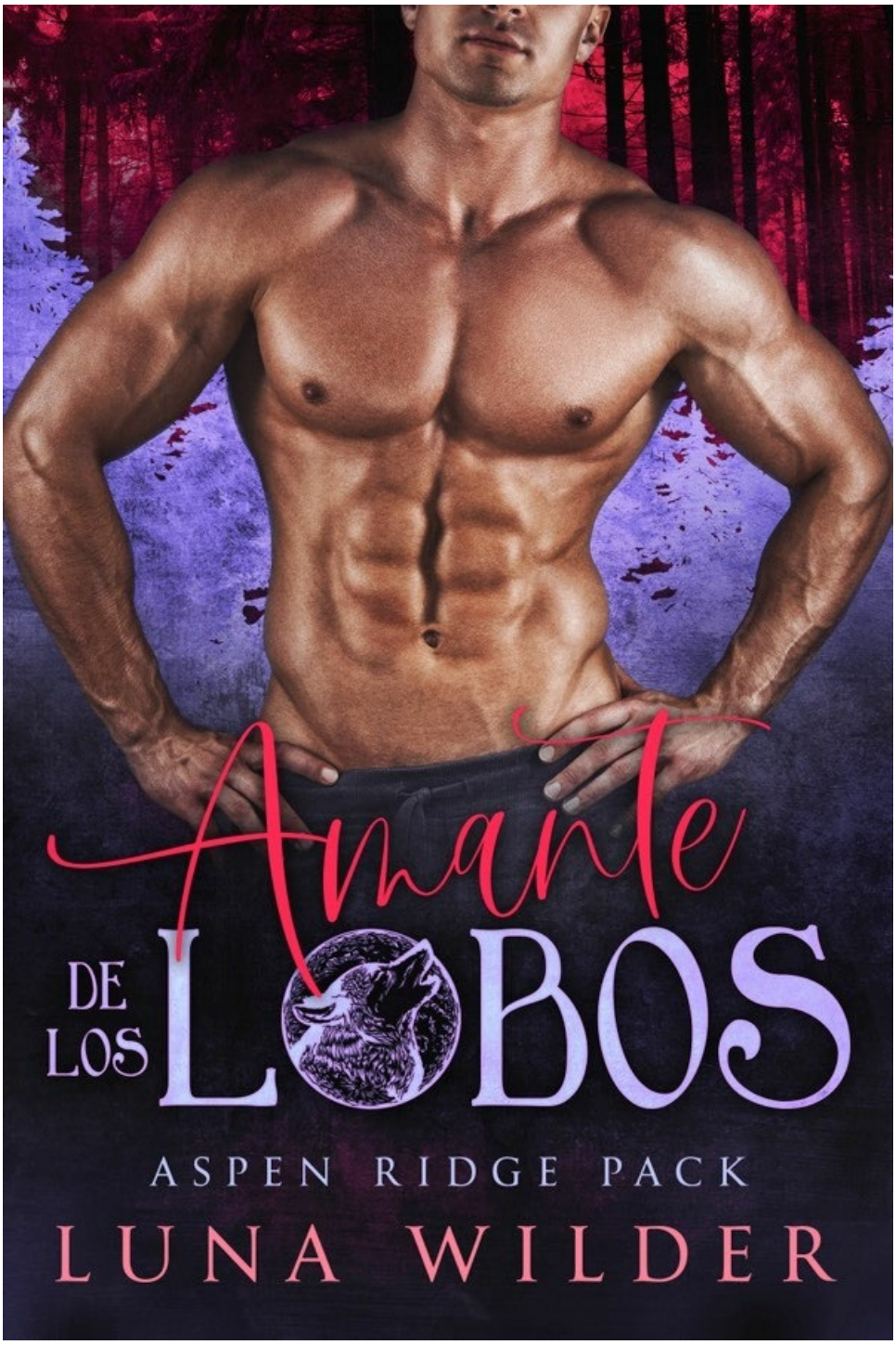
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro podrá ser reproducida en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de libro. No participe ni aliente la piratería de materiales protegidos por derechos de autor en violación de sus derechos. Todos los personajes y las historias son propiedad del autor y su apoyo y respeto son apreciados. Los personajes y eventos representados en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivos o muertos, es coincidente y no intencionado por el autor.

Traducción por Athene Translation Services

Disponible en: https://athenetranslatormc.wixsite.com/traslationservices-1

WANT A FREE BOOK?

¡Consigue Wolf Lover gratis! ¡Puedes hacerte con tu copia aquí!



Visite www.lunawilderbooks.com para obtener más libros gratuitos.

*

Cuando Maya Hopper cumple dieciocho años, está emocionada por encontrar a su pareja verdadera. Ha estado sola desde que mataron a sus padres hace tres años. Todos sus hermanos y hermanas han encontrado a sus parejas y se han marchado, así que Maya está deseando volver a tener una familia.

Cuando se despierta el día de su cumpleaños, se pone su vestido más bonito y se dirige a la ciudad. Está a mitad de camino cuando tres grandes osos salen corriendo del bosque hacia ella.

Los hermanos Jensen han recorrido el mundo en busca de sus parejas. A sus veintisiete años, casi han renunciado a encontrarlas y se han resignado a tenerse el uno al otro.

Entonces, un día, se despiertan y allí está.

El olor de su pareja.

Se transforman y se adentran en el bosque, felices de tener por fin a su pareja predestinada.

Solo hay un problema. A Maya le aterrorizan los osos. Desde que mataron a sus padres.

¿Serán capaces Keith, Theo y Evan de convencer a Maya de que lo único que quieren es amarla?

1

Maya

Mi suspiro resuena en la casa vacía mientras miro a mi alrededor por última vez para ver qué hay que hacer. La casa está llena de cajas, la mayoría etiquetadas como —donaciones— que tendré que llevar a la ciudad antes de irme.

Tengo que terminar de empaquetar, pero ya no me quedan suministros. Me duelen los brazos de transportar cajas durante los últimos días y gimo al salir de la casa de mi familia. Hago girar los hombros, estiro los brazos y la espalda mientras bajo los escalones del porche y empiezo a dirigirme hacia la ciudad.

Se supone que ya debería estar de camino a casa de mi hermana, pero he estado temiéndolo, así que puede que haya estado arrastrando un poco los pies.

Llevo dos años viviendo sola. Todos mis hermanos habían encontrado a sus parejas y se habían marchado, uniéndose a otras manadas. Yo era la más joven y acababa de empezar mi segundo año de instituto cuando ocurrió el ataque.

Mis padres estaban fuera, dejando correr a sus conejos, cuando los osos los encontraron. I

Recuerdo que Slate vino al instituto y me dio la noticia. No quería creer que fuera real. Quiero decir, sabía que algo así podía pasar, especialmente cuando eres un conejo en una manada de osos, lobos y zorros, pero no aquí. No en mi manada. No en mi familia. Pero sucedió.

Me encerré en mi habitación durante dos semanas, intentando hacerme a la idea de que mis padres ya no estaban aquí. Que estaba sola. Que había osos merodeando que querían comerse a conejos inofensivos como yo y mi familia.

No pude moverme durante semanas. Fue horrible. Me dolía todo el cuerpo y mi conejo lloraba todo el día y toda la noche. Yo también lloraba, así que apenas la oía. Finalmente, supe que tenía que empezar a averiguar cómo sería mi nueva normalidad. No podía esconderme bajo las sábanas para siempre, así que al final me levanté y reanudé las clases.

Todos mis hermanos y hermanas se ofrecieron a recibirme, pero es lo que tienen las familias numerosas: es difícil estar cerca de todos. Yo era el más joven, una sorpresa tardía, y cuando llegué, todos parecían haberse emparejado y yo nunca había sido capaz de encontrar la manera de entrar. Era como si siempre estuviera fuera.

La mayoría de mis hermanos mayores se habían ido de casa cuando yo llegué y solo hablaba con ellos en Navidad. Los más pequeños siguen siendo mayores y ahora que están casados y tienen

sus propios hijos, tenemos aún menos cosas en común.

Mi hermana, Tammy, vive más cerca de Red Ridge y me exigió que fuera a vivir con ella y su familia tras la muerte de mamá y papá, pero yo la había convencido para que me dejara quedarme y graduarme aquí en el instituto. Le había dicho que echaría demasiado de menos a mis amigos y que quería tomarme mi tiempo para recolectar las cosas de nuestros padres y llorar su muerte. Ninguno de mis hermanos o hermanas había querido volver para hacer ese trabajo, así que me habían permitido quedarme.

Pero ahora que tengo mi diploma, se me ha acabado el tiempo.

Hoy cumplo dieciocho años, así que aún tengo esperanzas de encontrar a mi pareja y no tener que abandonar el único hogar que he conocido. Mi conejo se anima dentro de mí ante la idea de encontrar a nuestra pareja y sonrío.

He intentado moderar mis expectativas. Sé que algunos metamorfos pasan años o incluso décadas antes de encontrar a la persona predestinada, así que la idea de cumplir dieciocho años y encontrarlo me parece una posibilidad remota.

Pero eso no me impide tener esperanzas. El destino no ha sido precisamente amable estos últimos años, así que supongo que me lo debe. Quizá consiga dos compañeros como Lexi. Me sonrojo y niego con la cabeza.

En cualquier caso, decidí arreglarme antes de ir a la ciudad, por si acaso encontraba a mi pareja. La primera impresión sigue siendo importante, en mi opinión.

Me cepillo el pelo rubio pálido hasta que brilla y me lo recojo para apartarlo de la cara. Llevo mi vestido de verano más bonito, aunque me queda un poco más ajustado desde la última vez que me lo puse.

La fresca brisa sopla contra mis piernas desnudas y sonrío, disfrutando de la sensación mientras avanzo por el campo abandonado.

Mis padres y yo éramos agricultores, pero cuando se fueron, ocuparme de todo se convirtió en demasiado para mí. Había pensado en contratar a gente para que me ayudara con la siembra y la cosecha, pero no sabía a quién pedírselo.

Tengo una pequeña sección detrás de la casa que todavía cuido, cultivando suficiente comida para alimentarme, pero las temperaturas bajaron la semana pasada y mataron la mayoría de los cultivos. Necesito un invernadero, pero dudo que Tammy o su marido estén dispuestos a construirme uno.

Suspiro, intentando ver el lado positivo. Al menos ya no estaré sola. Probablemente no tendré intimidad, pero a veces me he sentido sola viviendo aquí.

Mi conejo se agita en mi interior y mueve la nariz cuando nos adentramos en el bosque. Parece ansiosa y me pregunto si querrá que la deje salir para poder saltar a la ciudad.

Normalmente me doy cuenta, pero hoy hay algo diferente en ella.

Está excitada, hiperactiva, dando saltitos dentro de mí, con su colita hinchada moviéndose de un lado a otro mientras me insta a caminar más deprisa.

Sonrío, disfrutando de su felicidad mientras me adentro en el bosque.

Solo estoy a unos metros en el bosque cuando lo oigo.

Un ruido, algo grande que viene en mi dirección.

Los arbustos tiemblan y yo me tenso, con los latidos de mi corazón acelerados mientras intento decidir si debo quedarme a ver qué es o si debo huir.

Cuando los tres corpulentos osos pardos salen disparados de entre los árboles, respirando con fuerza y con fuego en los ojos, me arrepiento de haberme quedado.

2

Keith

—¿Qué te tiene tan crecido? —le pregunto a mi hermano mayor, Evan. Técnicamente, solo es tres minutos y medio mayor que yo, y ocho minutos mayor que Theo, pero nunca deja que lo olvidemos.

Evan resopla y pone los ojos en blanco antes de grapar otra teja al tejado en el que estamos trabajando. —Soy gruñón porque soy un maldito oso —gruñe, añadiendo unas cuantas grapas más. Probablemente unas cuantas más de las necesarias, en mi opinión, pero tengo la sensación de que el oso gruñón necesita desahogarse.

—Todos somos osos, pero tú eres el único que grapa las tejas como si insultaran a tu madre.

—También es tu madre —refunfuña en voz baja.

—¡Exacto! ¡Y no estoy molesto por el herpes!

Evan se vuelve hacia mí y me lanza una mirada mortal. Le sonrío. Si se va a portar como un idiota, seguro que voy a tomarle el pelo.

Mi hermano mayor suspira pesadamente y saca un trapo del bolsillo trasero para secarse el sudor de la cara. Es un bonito y fresco día de primavera, pero trabajar ocho horas en un tejado hace sudar a cualquiera.

—Han pasado doce años —dice Evan en voz baja. Si no fuera por mis sentidos mejorados de metamorfo, no le habría oído.

Suspiro y asiento con la cabeza. Doce años desde que todos cumplimos dieciocho. Más de seiscientas semanas vagando no solo por Montana, sino por el país, en busca de nuestras parejas. Más de cuatro mil mañanas despertándonos con un profundo dolor y un profundo vacío, y otras tantas noches yéndonos a dormir con lo mismo.

Sabíamos que era una posibilidad. Todo el mundo sabe que puede llevar años encontrar a tu pareja predestinada. Para algunos, puede llevar décadas. Aún más raros son los cambiaformas que vagan por la tierra completamente solos.

Aunque mis hermanos y yo no estamos completamente resignados a vivir sin nuestros compañeros, cada día que pasa parece una posibilidad real. Especialmente últimamente.

Los últimos días mi oso ha estado agitado. Ahora, para el oso de Evan, eso sería un martes por la

mañana normal, pero mi oso es frío, como yo. Nos llevamos bastante bien, el viejo bastardo peludo y yo.

Pero hace unos días me despertó con su inquieto ir y venir. Le dejé salir a correr y salió corriendo, como si buscara algo. Al no encontrarlo, se pasó la noche lloriqueando y manoseándome. A partir de ahí, todo empeoró.

Anoche no me dejó dormir. Mi oso lloriqueaba y luego rechinaba los dientes antes de lanzarse a por mi garganta. Quería irse, pero no iba a dejar que se paseara por la ciudad sin saber qué demonios le había pasado.

Esta mañana ha sido casi insoportable. Se agitaba en mi pecho y empujaba hacia delante antes de que pudiera detenerlo. Menos mal que ya estaba fuera. Me moví y dejé que se cansara, con la esperanza de que eso le ayudara a comportarse el resto del día.

Ha estado mejor ahora que hago trabajos manuales duros durante unas horas, pero sigo con los nervios de punta. Espero que solo tenga una indigestión o algo así, pero en el fondo sé que es más que eso.

El oso de Evan ha sido igual, solo que cuando su oso tiene una rabieta, lo más probable es que se rompa algún mueble. Evan no es nada violento y su oso suele comportarse mejor, pero ambos son muy intensos.

No creo que Evan lo admita, pero siente las cosas mucho más profundamente que los demás. No es como Bea, la compañera del Alfa, que es empática y puede sentir lo que sienten los demás. Lo que quiero decir es que, sea lo que sea lo que siente este zoquete, lo siente con toda su alma: el oso, el cuerpo y todo lo demás. Puede que sea gruñón, mandón y sobreprotector, pero también es algo más.

Ahora mismo, Evan se siente solo.

Me siento solo.

Theo también se siente solo, pero no dice mucho. Si su oso está sufriendo como los nuestros, no ha dicho ni pío. Theo siempre ha sido el más callado del grupo. A veces parece distante, pero en realidad es muy blandito. Un osito de peluche como pocos. De hecho, me gusta llamarle así de vez en cuando para ver si consigo que se enfade. La mayoría de las veces sonríe y pone los ojos en blanco.

Sacudo la cabeza de esos pensamientos y vuelvo a centrarme en Evan. Si está hablando de volver a encontrar a su pareja, debería adelantarme.

—¿Estás pensando en irte otra vez? Solo llevamos un año en casa.

—Sí, ¿y de qué nos ha servido?

—Bueno, para empezar, pudimos ayudar a mamá y papá a limpiar la cabaña y mudarnos a la manada en California.

Evan gruñe, pero yo continúo.

—Y tuvieron la gentileza de cedernos su cabaña de seis habitaciones con el enorme porche envolvente y la bañera de hidromasaje de gran tamaño. Sé que te gusta ese jacuzzi, no me mientas, hermano oso.

—Claro que me gusta el jacuzzi. ¿A quién no? No es exactamente una gran razón para quedarse.

—Le dijimos a mamá y papá que mantendríamos el lugar en buen estado hasta que...

—Hasta que encontremos a nuestros compañeros —termina Evan por mí. Bueno, maldición. Me metí de lleno en eso. —Corrígeme si me equivoco, pero no estamos más cerca de encontrar a nuestros compañeros ahora que cuando volvimos el año pasado. Quizá deberíamos separarnos y buscar por separado.

—No —ladra Theo.

Evan y yo giramos la cabeza hacia donde ha estado trabajando al otro lado del tejado. Estamos demasiado sorprendidos para decir nada. Normalmente es el más tranquilo de los tres. El tipo fuerte y silencioso si alguna vez hubo uno.

—¿No...? —me pregunto, acercándome unos pasos a Theo.

—No podemos separarnos —dice esta vez un poco más suave.

Miro a Evan, que baja los hombros y asiente. Theo también se siente solo y así lo demuestra.

—Pues ya está —digo dando una palmada y frotándome las manos—. Ahora dejad de holgazanear, ustedes dos. Tenemos que terminar este tejado antes del atardecer.

Me río mientras ambos refunfuñan algo sobre mí. Probablemente sobre lo gracioso que soy y la suerte que tienen de tenerme como hermano.

El resto del día transcurre en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Acabamos el tejado con tiempo de sobra antes de la puesta de sol, probablemente porque todos intentamos no pensar en lo solos que nos vamos a sentir cuando volvamos a la cabaña. Claro, crecimos allí, y siempre será reconfortante y familiar. Pero aún así, le falta algo. Le falta...

«¡UNA COMPAÑERA!»

Mi oso gruñe y me araña las entrañas, haciéndome balbucear y ahogar una tos. Nunca se había mostrado tan agresivo con nada, pero con solo oler su dulce aroma a flores silvestres me pongo tan rabiosa como él. Y tiene razón.

—UNA COMPAÑERA —rujo, casi arrojándome desde el tejado antes de transformarme en mi oso.

Juro que oigo a Evan y a Theo gruñir lo mismo, pero tal vez solo estén celosos de que haya encontrado a mi pareja antes que ellos.

3

Evan

«COMPAÑERA. COMPAÑERA. COMPAÑERA».

Mi oso gruñe una y otra vez mientras dejo que tome el mando y la persiga. No tenemos tiempo de preguntarnos por qué mis hermanos también gritaron compañera. No cuando ella está tan cerca.

Dios, huele increíble. Dulce y delicada, como una flor preciosa. Jesús, escúchame, hablando poéticamente de alguien que no creía que existiera hasta este mismo segundo. Pero existe. Nuestra pareja existe y la estoy oliendo por primera vez. No se parece a nada que haya experimentado antes.

«Espera, ¿nuestro compañera?»

Apenas puedo concentrarme en ese pensamiento mientras mi oso ruge. Me pregunto qué sabe él que yo no sepa.

Es una conejita metamorfa, lo cual es totalmente inesperado, pero no me enfada en absoluto. Solo significa que deberé tener cuidado con ella. Mi oso no es exactamente conocido por ser cauteloso, pero ahora mismo, puedo decir que haría casi cualquier cosa por nuestra compañera.

Su dulce aroma se arremolina a mi alrededor y se enreda en el áspero pelaje de mi oso. Está ansioso por vislumbrarla, pero también más feliz que nunca por tener este trocito de ella por ahora.

Alcanzo a Keith, que se ha movido y ha salido primero. Su oso parece casi salvaje mientras persigue su olor. Nunca lo había visto así. Es el más tranquilo de los tres, pero con solo oler el aroma de su compañera se pone hecho una furia.

Supongo que tiene sentido. La olí y mi normalmente gruñón oso grizzly prácticamente se revolcó sobre su espalda.

El oso de Theo flanquea mi costado, mirándonos a Keith y a mí. Gruñe y gruñe y suelta todo tipo de ruidos que nunca le he oído hacer.

¿Quién es esta chica? Hizo enfadar a Keith, me sometió a mí y, de alguna manera, provocó a Theo, que apenas dice más que un puñado de palabras en un buen día.

«Es nuestra compañera», añade mi oso.

Nuestra compañera.

Nuestra.

Compañera.

Es nuestra compañera.

Mi oso sigue empujando hacia delante, corriendo a toda velocidad hacia la mujer que va a acabar con nosotros tres. Menos mal que ahora tiene el control, porque sigo tambaleándome.

Miro al oso de Keith, intentando hacerme una idea de cómo se siente. Sus ojos marrones se cruzan con los míos y, con un sutil movimiento de cabeza, sé que está contento de haberla encontrado. El resto se resolverá más tarde.

Al otro lado, miro al oso de Theo, esperando ver cómo lleva el hecho de que los tres nos hayamos apareado con la misma mujer. Estoy muy unido a mis dos hermanos y siempre he intentado cuidarlos y protegerlos, aunque sé que técnicamente solo soy unos minutos mayor que ellos. Aun así, me tomo muy en serio mis responsabilidades como hermano mayor.

Keith siempre ha sido un bobalicón, pero mantiene las cosas interesantes. Theo, en cambio, siempre ha sido un misterio para mí. Lo amo, por supuesto que sí, pero es difícil de leer para mí. Como ahora mismo. ¿Está molesto? ¿Está feliz de tener una compañera? ¿Su oso lo ha estado volviendo loco estos últimos días?

El oso de Theo frena un poco y se acerca al mío. Me mira y suelta un gruñido de satisfacción, haciendo rebotar su hombro contra el mío.

Supongo que le parece bien.

Yo también.

No me importa cómo la tengo, solo sé que la necesito. Pensé que la vida esperando a mi compañera era miserable, pero ¿si ella se fuera ahora cuando sé que existe? Bueno, no creo que el corazón de este viejo oso pueda soportarlo. Acabo de olerla, y aún así todo mi cuerpo me duele por estar cerca de ella.

Hermanos o no hermanos, tendré a mi compañera. La protegeré de todo, la mantendré feliz y segura. Me aseguraré de que esté orgullosa de tenernos como compañeros. La amaré hasta el día de mi muerte, e incluso entonces, mi espíritu encontrará el suyo. ¿Cursi? Claro que sí. Keith nunca me dejaría oír el final de esto si pudiera leer mis pensamientos ahora mismo, pero pregúntame si me importa.

El oso de Keith se detiene en seco y se agazapa detrás de unos arbustos. Mi oso se agacha a su lado, mientras que Theo, el grandullón, corretea por el claro. Él no es así en absoluto. Es el hermano tranquilo y calculador, no el hermano que se deja llevar. Ese es Keith.

Los tres oímos un grito ahogado y giramos la cabeza hacia el sonido.

Ahí está.

No puede medir más de un metro y medio. Lleva el pelo rubio como el hielo recogido en una coleta de lo más dulce. ¿Se la ató con una cinta? ¿No es una maravilla?

El cuerpecito curvilíneo de nuestra compañera está adornado con un vestido de verano azul que se balancea alrededor de sus rodillas. Es absolutamente impresionante. Somos tres de los bastardos más afortunados de la tierra. Nuestra compañera es perfecta.

Vuelvo a tener la misma sensación de cuando la olí por primera vez. Es preciosa. Delicada. Tenemos que tratarla con cuidado.

Justo cuando se me ocurre cambiar a forma humana para no asustar a nuestra conejita, Keith salta de entre los arbustos y pasa corriendo junto a Theo, dirigiéndose directamente hacia nuestra chica.

Todo pasa muy rápido.

Keith se abalanza sobre ella, mientras Theo le gruñe, probablemente intentando que retroceda. Salto, queriendo consolar a nuestra compañera, que parece a punto de desmayarse. Odio que nos tenga miedo. ¿No puede sentirnos? ¿No sabe que somos sus amigos y que nunca le haríamos daño?

Sin embargo, una mirada y sé que está a punto de huir. Ya no huelo las dulces flores que se desprenden de ella. Huelo miedo. Ella está absolutamente petrificada de nosotros.

No debería sorprenderme cuando se transforma en el conejito más mono y se aleja de nosotros, pero casi se me encoge el pecho cuando la pierdo de vista.

Theo y Keith rugen, ambos sintiendo el dolor paralizante de estar lejos de nuestra compañera. Salen tras ella y yo les sigo de cerca.

Mi oso toma una ruta diferente alrededor del bosque, solo para atajar y bloquear su camino. Mis hermanos corren hacia mí, pero yo me paro sobre mis patas traseras y me elevo a mis dos metros y medio de altura. Un rugido atronador sale de mis labios, deteniendo a mis hermanos en su camino.

Solo cuando se han calmado un poco, vuelvo a ponerme a cuatro patas y me muevo. Mis hermanos hacen lo mismo.

—¿Qué demonios? —grita Keith, tirándose del pelo. Nunca lo había visto tan alterado.

—¡Era nuestro compañera! —Theo interviene, su voz más urgente y gruesa que nunca. Lo entiendo. Yo también estoy nervioso. Pero alguien tiene que asegurarse de que nuestra chica no nos tiene miedo antes de que le digamos que está apareada con tres osos pardos.

—Lo sé —les digo, levantando las palmas de las manos—. Pero ustedes dos la cagaron del susto.

Los hombros de Keith y Theo caen inmediatamente mientras el dolor se apodera de sus facciones. Odian que nos tuviera miedo.

—¿Y ahora qué, papá oso? —Keith chasquea. Intenta hacerse el gracioso, pero está demasiado nervioso para conseguirlo.

—Bueno, ahora creo que deberíamos tomar algo de ropa de la cabaña de Malin que está por allí y ver cómo acercarnos a nuestro compañero en forma humana.

Theo gruñe de acuerdo. A Keith parece dolerle que tengamos que estar lejos de ella tanto tiempo, pero al final veo que su lado humano le hace retroceder lo suficiente como para tomar la decisión correcta.

Los tres se lo explicamos todo a Malin, que nos felicita, no sin antes decirnos que seamos amables con ella. «Sí, me lo he imaginado por las malas», pienso.

Nuestro Beta nos dirige a la casa de nuestra compañera, aunque no nos da ninguna otra información sobre ella, ni siquiera su nombre. Murmuró algo sobre cómo él tuvo que trabajar para conseguirlo, así que nosotros también deberíamos hacerlo.

4

Theo

Estoy de pie junto a mis hermanos, mirando la vieja granja en la que vive nuestra compañera. El lugar está destartalado y a mi oso y a mí nos molesta que se quede en un sitio que no parece seguro. Una mirada a mis hermanos y sé que están igual de ansiosos por sacarla de este lugar y que se mude con nosotros.

—¿Y ahora qué? —Keith pregunta y me doy cuenta de que está tratando de hacerse el interesante, aunque lo que realmente quiere hacer es correr y marcar a nuestro compañero.

—Tenemos que hacerlo con cuidado. Le hemos dado un susto de muerte atacándola así. Seguro que parecíamos locos —dice Evan y yo asiento.

Tiene razón. Nuestros osos estaban completamente al mando allí y estoy seguro de que era aterrador. Mi oso camina dentro de mí, no le gusta que nuestro compañero no está en nuestra mira.

—¿Tenemos que hablar de que los tres somos su pareja? —Pregunto, siempre la voz de la razón.

Mis hermanos guardan silencio, ambos perdidos en sus pensamientos y yo espero a que lo tengan claro en sus cabezas.

Ya estoy de acuerdo en que la compartamos y sé que mi oso también. Mis hermanos y yo somos trillizos y siempre hemos estado más unidos que la mayoría de las familias.

Lo hemos hecho todo juntos desde que tengo uso de razón. Cuando tuvimos edad para trabajar, montamos nuestra empresa de construcción. Fue fácil. Nos metimos en nuestros papeles como siempre y desde entonces hemos estado felices construyendo casas y negocios. Los tres nos tomamos un tiempo para viajar en busca de nuestras compañeras, sin saber, obviamente, que ella estaba aquí todo el tiempo. Y que la compartiríamos.

Tendremos que contratar a más gente ahora que hemos encontrado a nuestra pareja. Tengo la sensación de que a mis hermanos y a nuestros osos no les va a gustar estar lejos de nuestra pareja más de unos minutos seguidos.

Mi oso ruge dentro de mí, haciéndome saber que no quiere estar lejos de ella por ningún tiempo, nunca.

—La verdad es que me alegro de que estemos emparejados con la misma chica. Me preocupaba que nos separaran y no soportaría veros tan pocas veces —admite Keith.

—Lo mismo. Me preocupaba que mi oso se enfadara cuando olimos su olor y empezamos a correr, pero es casi como si esperara que pasara esto. Como si supiera que todos nos íbamos a aparear con la misma.

Asiento con la cabeza, sonriendo. Me alegro de que estemos de acuerdo y de que esto no vaya a ser una pelea.

Ahora solo tenemos que averiguar cómo ganarnos a nuestro compañero.

—¿No podía sentir que éramos su pareja? —pregunta Evan, sacándome de mis pensamientos mientras empieza a caminar delante de nosotros.

—Tal vez estaba confundida ya que somos tres. Estar emparejado con más de un metamorfo es raro. Solo he oído hablar de Kai y Easton en la manada de Ash Mountain —digo, intentando pensar en otros metamorfos que se hayan apareado con más de un metamorfo.

—Lexi acaba de aparearse con dos humanos el mes pasado —nos recuerda Keith.

—Ella era una metamorfa sin embargo. ¿Verdad? La vi transformarse en conejo.

—Sí —digo, contestando a Evan mientras sigue paseando de un lado a otro.

Nunca podía quedarse quieto mucho tiempo.

—Entonces, ¿alguna vez has oído hablar de un metamorfo con otros metamorfos? ¿O todos eran metamorfos con humanos? —Me pregunto en voz alta.

Todos estamos en silencio mientras intentamos recordar a todos los metamorfos apareados que hemos conocido. Mis hermanos y yo hemos estado por todas partes buscando a nuestras parejas y hemos conocido a muchos cambiaformas, pero ninguno de nosotros puede pensar en otro apareamiento como el nuestro.

—Así que ni siquiera tenemos con qué seguir —refunfuña Keith y vuelvo la vista hacia la casa.

Mi oso gime, queriendo salir, queriendo cargar y tomar a nuestra compañera.

—¡Espera! —Keith dice excitado, deteniendo su paso.

—¿Qué? pregunto cuando no continúa de inmediato.

—Es una conejita —dice como si fuera obvio.

—¿Y? —pregunta Evan bruscamente, con los ojos clavados en la casa.

—Así que es bueno que seamos tres —dice guiñándome un ojo y por fin lo entiendo.

Se rumorea que los conejos ansían el sexo más que otros cambiaformas o que las personas. ¿Ese dicho, tener sexo como conejos? Sí, eso viene de metamorfos como nuestro pequeño compañero.

Sonrío y mi oso ruge dentro de mí, deseando empezar a satisfacer a nuestro compañero ahora mismo. Lo retengo, rechinando los dientes por el esfuerzo.

—Ella tiene que saber que estamos aquí. Tal vez deberíamos esperar hasta que ella venga a nosotros.

Puedo decir que a ninguno de nosotros nos gusta esa idea, pero no se nos ocurre otra forma de acercarnos a ella sin agobiarla o asustarla de nuevo.

5

Maya

Todavía siento que el corazón se me va a salir del pecho.

No creo que ni mi conejito ni yo hayamos corrido tanto en nuestras vidas.

Los recuerdos de la muerte de mis padres se agolpan en mis ojos y me deslizo por la pared hasta el suelo, dejando caer las lágrimas.

Me había asustado mucho cuando aquellos osos atravesaron los árboles. Lo primero que pensé fue que estaban allí para matarme, así que me moví y dejé que mi conejo tomara el control mientras corríamos para salvar nuestras vidas. Lo único que imaginaba era el crujir de dientes y las gruesas garras desgarrándome.

Sigue siendo lo único en lo que puedo pensar. Tengo la respiración entrecortada, me arden los pulmones y empiezo a marearme.

«Respira». Me digo a mí misma. Necesito ser lo suficientemente coherente para huir si vienen a por mí.

Tras unas cuantas respiraciones profundas, mis manos dejan de temblar y las lágrimas empiezan a disminuir. Una vez que el miedo se ha calmado un poco, un nuevo sentimiento se abre paso.

Compañeros.

Estoy confundido, asustado y traumatizado, y mi conejo también debe estarlo. Esa es la única explicación de por qué me insta a volver fuera, a volver con esos tres osos.

«¡Amigos!» grita de nuevo, dando saltitos dentro de mí y rogándome que la deje salir.

Intento calmarme, frenar el estruendo de mi corazón porque debo de estar oyéndola mal. Tardo unos minutos más en ralentizar la respiración y controlarme, pero incluso entonces, la palabra es la misma.

Compañeros.

Como en plural.

Mierda.

Que me apareen con el único animal que me aterroriza, y ni siquiera con uno solo. No, tuve que

ser apareada con tres grandes y aterradores osos.

Mi conejo debe estar equivocado.

«Por favor, Dios, que se equivoque».

Aunque lo piense, sé que no es así. Ahora puedo olerlo. Es dulce, como lo mejor que he olido en mi vida y mi conejo se vuelve loco al olerlo.

Estoy en guerra entre lo que me dice la cabeza y lo que me pide el cuerpo y el conejo. Cierro los ojos y respiro hondo antes de levantarme y asomarme a la ventana.

Todos siguen ahí.

De pie.

Observando.

Esperando.

Me agacho antes de que me vean y el corazón se me acelera en el pecho. Esta vez no es solo por miedo. Ahora hay algo más.

Deseo.

—No se van a ir así como así. Ningún compañero dejaría a su predestinado. Vas a tener que salir y hablar con ellos —murmuro en voz baja mientras intento mentalizarme.

—Puedes hacerlo, Maya —digo mientras me acerco lentamente a la puerta. Me recuerdo a mí misma que se supone que los compañeros se quieren y se protegen a toda costa, así que espero que eso signifique que estos tres osos no usarán su fuerza para hacerme daño.

Parece que tardo diez años, pero por fin lo desbloqueo y abro la puerta.

Respiro al ver las grandes figuras que se ciernen sobre mi puerta. Todos llevan ropas que parecen ser al menos dos tallas más pequeñas. Parecen idénticos y me doy cuenta de que son trillizos. El mismo tono oscuro de pelo castaño y caras angulosas. Están demasiado lejos para que pueda distinguir el color de los ojos.

También son como osos. Hombros anchos, piernas gruesas y todos esos músculos de -puedo arrancarte el arte con mi dedo meñique-.

Se ponen tensos cuando salgo al porche y veo cómo levantan la nariz para olerme.

Mi conejo hace lo mismo y doy otro paso tentativo hacia ellos.

Basta con eso para que se dirijan hacia mí. Tiemblo de pies a cabeza, me castañetean los dientes y aprieto los puños. Necesito todo mi coraje para no moverme del sitio y esconderme en casa para no volver a salir.

—Son tus compañeros. No te harán daño —me recuerdo, enderezando la espalda cuando llegan a los escalones.

.

6

Keith

Nuestra compañera es más que preciosa. Tiene el pelo rubio más claro que he visto nunca y unos ojos azules cristalinos. Todo en ella es delicado, desde la nariz hasta los dedos de los pies. Es absolutamente adorable e instantáneamente se convirtió en lo más preciado de mi vida.

Mi oso gime cuando la ve temblar. Intenta mantenerse erguida, demostrarnos que no tiene miedo de tres grandes y bestiales osos metamorfos, pero todos podemos oler su miedo. Me mata. Mi oso quiere consolarla y hacerle saber que nunca le haríamos daño.

Eso es cierto, por supuesto -mis hermanos y yo moriríamos antes de dejar que le hicieran daño a nuestra compañera-, pero ahora mismo está temblando como una hoja y acercarse a ella solo empeoraría las cosas. Mi oso gimotea, pero le recuerdo que es nuestra responsabilidad protegerla, aunque sea por el miedo que nos tiene.

«Primero tendremos que hacer que confíe en nosotros», le digo. Gruñe en señal de desaprobación, pero finalmente se tranquiliza.

Nos mira fijamente a los tres, recorriendo con la mirada nuestros enormes cuerpos. Los cambiaformas osos son más grandes que los humanos y que la mayoría de los otros cambiaformas. Es solo genética. Siempre he apreciado mi altura y mi fuerza, pero ahora mismo desearía ser más pequeño. Ojalá supiera que, a pesar de nuestro tamaño, siempre la trataremos con mucho cuidado.

Doy un paso adelante, incapaz de mantener la distancia. Cuando se acobarda contra la puerta, me entran ganas de darme una patada. ¿Qué demonios ha pasado para que reaccione así ante nosotros?

—Lo siento —murmura, enderezando la espalda una vez más e inclinando la barbilla para mirarnos a los ojos.

—No hay nada por lo que disculparse —dice Theo suavemente. Nunca he estado más agradecido por el gentil gigante.

Estoy inquieta y dispuesta a correr hacia ella y envolverla en mis brazos, mientras Evan parece a punto de romperse un diente de lo fuerte que aprieta la mandíbula. Sé que está luchando por contener a su oso. Pero Theo siempre ha sido más tranquilo, su oso más dócil que el nuestro. Ahora sé por qué. Lo necesitamos para que nuestro compañero se sienta cómodo cuando Evan y yo no podemos.

Nuestra compañera nos dedica una sonrisa tentativa, aunque se rodea la cintura con los brazos como si quisiera protegerse de nosotros.

—Así que... ¿cuál de ustedes es mi compañero? Creo que mi conejito está confundido. Ella parece pensar que son los tres, pero eso no es posible, ¿verdad?

Su voz es dulce y ligera, igual que su meloso aroma floral. Mi oso sigue queriendo embestirla y marcarla, pero se calma un poco al oír su voz.

—Nosotros tampoco hemos oído hablar nunca de eso —digo, intentando que mi voz sea lo más tranquilizadora posible—. Pero es verdad. Todos estamos emparejados contigo, cariño.

Nuestra compañera me mira y se me aprieta el pecho. Es increíblemente pura y hermosa, pero sus ojos contienen tanto dolor y temor.

—Oh —susurra antes de mordisquearse el labio inferior.

—No vamos a hacerte daño —ladra Evan. Nuestra compañera se estremece al oír su tono áspero. Sé que se odia a sí mismo por asustarla, pero lo entiendo. Está nervioso. Evan se aclara la garganta y vuelve a intentarlo—. Siempre te protegeremos. No tienes nada que temer de nosotros.

Sus ojos se clavan en los de él y le hace un pequeño gesto con la cabeza. Él parece relajarse un poco, probablemente contento de que ella le mire.

—¿Cómo te llamas? —pregunta Theo.

—M-Maya —tartamudea.

«Maya. Maya. Maya», repito en mi cabeza.

Mi corazón late al ritmo de esa palabra.

—Soy Theo, y estos son mis hermanos, Evan y Keith.

Maya asiente, mirándonos una vez más. Contengo la respiración cuando da un paso hacia nosotros, luego otro y otro hasta que está a unos metros. Lo único que deseo es estrecharla entre mis brazos y abrazarla. Parece que lo que le ha pasado la ha dejado asustada de su propia sombra.

Respira hondo y cierra los ojos antes de abrirlos de nuevo. Su belleza vuelve a impresionarme. De cerca puedo ver algunas pecas salpicando su nariz y sus mejillas, así como unas largas pestañas que resaltan aún más sus ojos azul claro.

—Yo... Mis padres... —se mira los pies y vuelve a respirar hondo.

—Tómate tu tiempo —murmura Theo. No tengo ni idea de cómo consigue ser tan paciente y suave. Voy a cocinarle el filete más grande que haya visto en su vida para cenar esta noche. Ahora mismo es el mejor jugador en lo que respecta a nuestra pareja.

—Mis padres fueron asesinados por osos hace dos años —susurra suavemente—. Dejaban que sus conejos corrieran libres, y entonces... entonces... —Maya aprieta los ojos y se traga las lágrimas. «»

Mi corazón cae al suelo y se hace añicos con su confesión. Mi oso se agita al instante de dolor por su pérdida, así como por sus reservas sobre nosotros. Lo entiendo, pero aún así.

—Siento mucho, Maya —le digo. Las palabras apenas son suficientes, pero me asombra haber sido capaz de decir algo. Me cuesta respirar por el dolor que siento de repente por nuestra compañera. No me extraña que nos tenga miedo.

—Eso es horrible —dice Evan, su tono mucho más suave esta vez—. Nunca te haríamos daño, ni a ti ni a nadie. No está en nuestra naturaleza. No somos así.

—Una parte de mí lo sabe —Su susurro entrecortado me oprime el corazón—. Solo estaba... sorprendida, supongo —dice con una risita triste y entrecortada—. Y encima estar emparejada con ustedes tres.

Asentimos en señal de comprensión. Ha sido todo un día para nuestro amiguito.

—Maya, ¿puedo abrazarte? —Theo pregunta.

Ella lo mira, vacila un momento, pero luego asiente con la cabeza. Él la rodea con los brazos y envuelve su pequeño cuerpo en un abrazo. Yo no puedo evitar abrazarla también, acariciándole la espalda mientras sus hombros tiemblan por los sollozos.

Evan se acerca y le tiende la mano, pero luego vacila y vuelve a bajarla. Sé que no quiere abrumarla, pero también necesita esa conexión. Evan lo intenta de nuevo, con la mano temblorosa por el esfuerzo de ir despacio para no asustarla. Le pasa un poco de pelo por detrás de la oreja y le frota el cuello.

Los tres consolamos a nuestra compañera, soportando su carga y absorbiendo su dolor. Siento el calor de su piel en mis dedos mientras sigo frotando suavemente su espalda. Quiero mucho más de nuestra pequeña compañera, pero esto tendrá que bastar por ahora.

7

Evan

Apenas estoy tocando a Maya y, sin embargo, todo mi cuerpo se estremece por la intensidad de las emociones y sensaciones que me recorren. Ansío saber más de ella, que confíe en nosotros, aunque sé que llevará algún tiempo.

También estoy conteniendo a duras penas mi ira contra los osos que mataron a sus padres. ¿Eran cambiantes? ¿Eran solo osos hambrientos en busca de su próxima comida? En cualquier caso, es desgarrador y odio que haya soportado ese tipo de dolor tan pronto en la vida.

Miro a mis hermanos y veo que luchan con los mismos sentimientos. Quieren venganza, pero saben que probablemente no la consigamos. La muerte de sus padres ocurrió hace años, y cualquier prueba que nos ayudara a localizar a sus atacantes hace tiempo que desapareció.

Hace dos años, estábamos explorando otras manadas de cambiaformas en Wyoming en busca de nuestra pareja, así que no estábamos aquí cuando mataron a sus padres. Odio que no estuviéramos, aunque en ese momento no hubiéramos sabido que era nuestra pareja. Habríamos estado aquí para apoyarla e intentar encontrar a los osos responsables.

Ya estamos aquí, me recuerda mi oso. Nunca me ha calmado ni ha sido la voz de la razón, pero nuestra compañera está cambiando todo eso. Sabe instintivamente lo que ella necesita, y aunque los dos estamos usando toda nuestra fuerza para no morderla y marcarla en este momento, conseguimos contenernos y estar aquí en el momento con ella.

Cuando Maya finalmente llora, se escapa de nuestro abrazo. Siento la pérdida de inmediato. Me golpea como una ola de frío helado justo en el pecho, dificultándome la respiración. Creo que ella también lo siente, pero ahora su miedo le gana.

—¿Te gustaría venir a ver nuestra cabaña? —pregunta Theo.

Me siento como un bruto a su lado, a pesar de que todos tenemos la misma altura y constitución. Es tan bueno con ella, mientras que lo primero que hice con nuestra compañera fue ladrarle y hacer que se apartara de mí.

—Um...

—No hay presión. Solo queremos conocerte. Eres nuestra compañera. Ya nos sentimos protectores contigo y sabemos que nos va a encantar cada cosa nueva que sepamos de ti —añade Theo.

—Sí, vale —dice Maya en voz baja. No me di cuenta de que estaba conteniendo la respiración hasta que aceptó venir con nosotros. La suelto de golpe y casi me mareo.

Theo gira en dirección a nuestra cabaña, que, por suerte, está a poca distancia. No creo que pudiéramos convencerla de que nos siguiera si todos tuviéramos que desplazarnos para correr una distancia mayor.

Maya le tiende la mano y, aunque espero sentir un poco de celos, lo único que siento es la satisfacción de que ya haya bajado la guardia. Keith le agarra la otra mano y los tres caminan uno al lado del otro mientras yo voy en la retaguardia.

No me importa. Por supuesto que quiero alcanzarla y tocarla, pero me conformo con quedarme detrás de ella y vigilar su espalda. Me mira por encima del hombro y me dedica una sonrisa de lo más dulce. Mi oso se acicala dentro de mi pecho y luego se revuelca sobre su espalda, totalmente satisfecho con sus sonrisas. Por ahora.

Mis labios esbozan una sonrisa. Está un poco oxidada, pero por el rubor que sube a sus mejillas me doy cuenta de que le gusta.

Al llegar a la cabaña, Keith y Theo por fin le sueltan las manos. Maya se queda en la puerta, un poco insegura de sí misma. Los tres queremos meterla dentro, hincarle el diente y marcarla como nuestra, pero eso es justo lo contrario de lo que ella necesita.

En lugar de eso, me dedico a encender el fuego de la chimenea, aunque sea primavera. Un fuego cálido y acogedor es reconfortante en cualquier época del año, y me imagino que a nuestra conejita le gusta acurrucarse. Espero que pronto quiera acurrucarse con nosotros.

Keith vacila junto a ella, pero al final se va a la cocina, probablemente a por un tentempié para nuestra compañera. Nuestros osos la quieren sana y bien alimentada en todo momento.

Theo se queda con ella y le enseña la cabaña. No pierdo de vista el contoneo de sus caderas mientras recorre nuestro espacio. Observo cómo sus delicados dedos recorren los muebles y los marcos de los cuadros, deseando que hagan lo mismo conmigo. Quiero sentir sus manos explorando mi cuerpo mientras la beso y la lamo por todas partes.

Mierda. Esa imagen no está ayudando al creciente problema en mis pantalones. Mi maldito miembro se está alargando por la pernera de mi pantalón. No quiero asustarla, así que intento concentrarme en otra cosa. En cualquier otra cosa. Cualquier cosa menos lo que voy a sentir al hundirme en su calor húmedo y sentir su semen a mi alrededor.

Intento apartar los ojos de Maya mientras recorre nuestra casa, pero no puedo dejar de mirar a nuestra preciosa compañera. Cuando llega a la gran estantería que cubre una de las paredes del salón, se detiene a leer algunos títulos.

—¿Quién lee a Jane Austen? —pregunta Maya, su voz ligera y etérea llena la cabina.

—Nuestra madre debió de dejar esos libros aquí cuando se mudaron a California —me apresuro a responder.

Por supuesto, Keith elige este momento para volver con una bandeja llena de aperitivos.

—No seas modesto, hermano. Creo que leíste esos libros más que mamá.

Siento que se me calientan las puntas de las orejas y sé que me estoy sonrojando. Creo que nunca antes me había ruborizado.

—¿En serio? —pregunta Maya, acercándose unos pasos a mí. De repente no me avergüenzo en absoluto. Me importa una mierda si eso me hace menos varonil, mientras acerque a mi compañera a mí.

—Sí. Me gusta cómo escribe sus personajes y cómo se mete en sus cabezas —digo despacio, en voz baja, sin querer sobresaltarla.

—¡Ya lo sé! —exclama Maya con entusiasmo. Esta vez me sonríe de verdad y, maldita sea, lo siento hasta en la punta de los dedos de los pies. Esta chica lo es todo—. Y además es sarcástica, pero es sutil.

—Exactamente. No puedo evitar dejarme atrapar por sus historias. Por algo sus libros son clásicos.

—¡Yo también leo! —Keith prácticamente gimotea.

Pongo los ojos en blanco y Maya suelta una risita. El dulce sonido me inunda, me tranquiliza y asienta algo en lo más profundo de mi alma.

—¿Qué has leído últimamente? —le pregunto.

—Bueno, estaba... ese libro. Sobre... un... tipo que se fue de viaje... —tartamudea.

Me río mientras se agarra a un clavo ardiendo. Keith suele ser el que habla con suavidad, pero nuestro compañero lo tiene hecho un lío. Es divertido verlo.

—Ah, sí, creo que leí ese —se burla Maya.

Keith se ríe y se frota la nuca. —Bueno, en cualquier caso. He preparado unos aperitivos. No estaba seguro de lo que te gustaba, así que hay un poco de todo.

—Oh wow. Sabes que solo somos cuatro, ¿verdad? ¿No doce?

Esto nos arranca una risita a mis hermanos y a mí. —Y sabes que somos osos que comemos tres veces más que la mayoría de los metamorfos, ¿verdad? —Tan pronto como las palabras salen de mi boca, quiero darme un puto puñetazo en la cara. Keith me fulmina con la mirada y parece a punto de hacerlo—. Quiero decir, Jesús, lo siento mucho, eso fue tan desconsiderado...

—De verdad que no pasa nada —dice Maya, aunque su voz es más suave. Dios, qué idiota soy.

—Pues no. Acabamos de conseguir que sonrías y aquí estoy yo metiéndola la pata —murmuro.

Me sobresalta tomando mi mano entre las suyas y apretándolas suavemente. —Eres mi compañera—murmura—. Sé que no querías hacerme daño.

—Nunca —juro.

Me arriesgo y le levanto la mano para besarle el dorso de los nudillos. Me detengo para ver si se siente incómoda, pero Maya solo parece sorprendida y un poco confusa. Aprieto los labios contra su piel, saboreando el breve contacto.

—Parece que leer a Jane Austen te enseñó un par de cosas, ¿eh?

Sonrío ante su respuesta y suelto su mano de mala gana. No quiero tentar más a la suerte.

Maya se sienta en el sofá y mete las piernas debajo, acurrucándose en los mullidos cojines. Theo y yo nos sentamos a ambos lados. Keith se sienta a sus pies, contento de estar cerca de nuestra compañera.

Le hablamos un poco de cómo crecimos aquí y de nuestros padres, turnándonos cada uno para ofrecerle comida. Incluso nos deja darle de comer, lo que satisface a mi oso a todos los niveles.

Al final, Maya cierra los ojos y apoya la cabeza en mi hombro. Quiero atraerla a mi regazo y estrecharla contra mí, pero sé que eso sería demasiado para nuestra compañera. En lugar de eso, absorbo su calor y la sensación de tener su cuerpo apretado contra el mío.

El sol empieza a ponerse y Theo, Keith y yo debatimos qué hacer. No queremos pasar la noche lejos de ella, nunca más. Y los tres odiamos la idea de que vuelva sola a su granja. ¿Lleva dos años allí sola? Nunca volverá a estar sola.

Finalmente, decido meterla en la cama y dejarla descansar. Como duerme sobre mí, tengo el privilegio de llevarla a mi cama. Maya se acurruca en mi pecho cuando la levanto. Gimo al sentir su cuerpo suave y curvilíneo contra el mío, pero me lo trago rápidamente, no quiero despertarla.

Theo retira las mantas de mi cama y yo la tumbo con cuidado. Keith le quita los zapatos y la envuelve en la manta. Los tres nos quedamos mirándola unos instantes, aunque sabemos que tenemos que dejarla dormir en paz.

Doy un paso adelante, me inclino y le doy un beso en la frente. Theo hace lo mismo, seguido de Keith. Con una última mirada, dejamos a nuestra compañera acurrucada en la cama.

8

Theo

—Quizá deberíamos dormir en el suelo ahí dentro —sugiere Keith mientras Evan cierra lentamente la puerta.

Ninguno de nosotros quiere alejarse de Maya, pero es obvio que necesita tiempo para conocernos y confiar en nosotros antes de que empecemos a acostarnos todos juntos.

—Tal vez deberíamos dejar la puerta abierta. Solo un poco. ¿Y si necesita algo? ¿O tiene una pesadilla? —Keith pregunta, sonando cada vez más como un adicto, pero creo que todos lo entendemos.

Mi oso está furioso conmigo, exigiendo saber por qué no he entrado a marcarla todavía. He necesitado todas mis fuerzas para contenerlo durante todo el día y estoy agotado.

Evan me mira y yo asiento. Abre la puerta un poco y todos nos apiñamos, deseando verla.

Está profundamente dormida, acurrucada de lado con las manos bajo la barbilla. Parece tan tranquila que hasta mi oso se calma, no quiere molestarla.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Keith y yo doy un paso atrás, deslizándome por la pared hasta quedar sentado, mirando por la rendija de la puerta.

—Voy a dormir aquí —les digo y ellos asienten, uniéndose a mí.

—Quizá sea más cómodo dormir en el suelo si nos cambiamos de sitio —señala Evan, pero yo niego con la cabeza.

—Podría cagarse de miedo si se despierta y ve tres osos en la puerta de su casa —señalo y él gruñe.

Debíamos de estar todos cansados porque nos desmayamos rápidamente.

Me despierto con un retortijón en el cuello al ver a Maya sentada en la cama.

—Buenos días —digo, con la voz oxidada.

—Buenos días —susurra cuando mis hermanos empiezan a revolverse.

—¿Tienes hambre? —Pregunto, empujando a mis pies.

Me doy cuenta de que quiere un poco de intimidad, así que cuando asiente, cojo a mis hermanos y bajamos las escaleras.

—¿Qué le preparamos? —Keith pregunta y yo me encojo de hombros.

—Tiene que estar hambrienta. Anoche no cenó —dice Evan, metiendo la cabeza en la nevera.

—¿Quizás los metamorfos conejo no comen tanto? —Les pregunto y todos nos miramos sin comprender.

—Tenemos que saber más de ella —murmura Evan y yo asiento con la cabeza.

Decidimos desayunar tortitas, huevos y beicon y pasar el día averiguando todo lo que podamos sobre nuestra tímida compañera.

—Hola —dice una voz dulce y todos giramos para ver a Maya con la misma ropa que ayer.

—Buenos días —dice Keith, extendiendo la mano y tirando de ella en un abrazo.

Veo que se tensa, pero cuando él la suelta, se relaja. Evan rompe a continuación y tira de ella en un abrazo también.

—¿Has dormido bien? —le pregunta mientras la suelta y ella parece insegura.

—Sí, gracias.

Le doy un abrazo rápido antes de girarme y llevarla a la mesa de la cocina. Ya hemos puesto los platos, así que le acerco la silla.

—¿Quieres algo de beber? Tenemos café, agua, leche o zumo de naranja.

Ella frunce la nariz ante esas opciones y yo frunzo el ceño.

—Solo agua está bien.

—¿Qué bebes normalmente? —Evan pregunta, llevando los huevos y el bacon.

—Té o zumo de zanahoria —dice mientras Keith deja el plato de tortitas.

—Te traeremos un poco —le digo mientras le agarro un agua por ahora.

—¿Qué te gusta desayunar? —pregunta Evan y así comienza nuestro día de veinte preguntas.

—Normalmente una magdalena o un panecillo, preferiblemente de arándanos o algún tipo de fruta. También me encanta una buena magdalena morning glory.

—¿Es el que tiene zanahorias y pasas? —pregunto.

Maya asiente en señal de confirmación. —Sí, supongo que soy bastante tópica en ese sentido —

ríe suavemente.

—No hay nada de cliché en ti, compañera —dice Keith, colocándole el pelo detrás de la oreja. Maya se sonroja y se muerde el labio inferior. Quiero hacer lo mismo.

A lo largo del día, nos enteramos de que le encanta la jardinería, que su músico favorito es Frank Sinatra y que ayer cumplió dieciocho años. Maya nos dijo que se iba a trasladar a vivir con su hermana, que vive a unas horas de aquí.

Obviamente, ahora se mudará aquí con nosotros, pero ayer fue un gran día para ella, así que no quiero presionar el asunto. Nos enteramos de que su color favorito es el verde, que es inteligente y acaba de terminar el instituto, que le gusta leer y salir a pasear.

También admitió que antes le encantaba dejar que su conejito explorara, pero que desde entonces no se atreve a vagar libremente, sino que solo salta por su propiedad, e incluso entonces, solo cuando es estrictamente necesario. Me dolió oír eso, y sé que a Keith y a Evan también les entristeció su confesión. Me comprometo a que en el futuro se sienta tan segura que pueda correr y explorar a sus anchas.

—¿Qué sueles hacer durante el día? —le pregunto mientras volvemos a su antigua casa.

Se vendió, así que tenemos que trasladarla a nuestra casa hoy mismo, no es que mis hermanos y yo nos quejemos de eso.

—Bueno, solía ocuparme de la escuela, aunque mi cabeza no ha estado realmente en el juego desde que... —se detiene, dejándonos sacar nuestras propias conclusiones. Desde que murieron sus padres—. En fin —dice Maya después de aclararse la garganta—. No sé qué haré ahora que me he graduado. ¿Conseguir un trabajo? Supongo que es lo que hace la gente normal. La verdad es que no quiero ir a la universidad. Red Ridge no ofrece mucho en cuanto a educación superior, y no me imagino yéndome de aquí. Odiaba la idea de mudarme con mi hermana, pero no me dejó muchas opciones.

—¿Por qué no haces más jardinería? —Keith sugiere. Veo que le gusta la idea. Le brillan los ojos cuando mira a mi hermano. Me doy cuenta de que le emociona que él se haya acordado de que es una de sus pasiones. ¿No sabe que siempre apreciaremos cada detalle que descubramos sobre ella?

—Hace demasiado frío para plantar cosas —dice, con un hilo de decepción en la voz. Mi oso gime, queriendo arreglarlo. Nuestra compañera nunca debería estar triste o decepcionada, sobre todo con tres de nosotros para satisfacer todos sus deseos y necesidades—. Necesitaría un invernadero o algo donde pudiera ayudar a regular la temperatura.

Miro a mis hermanos y me doy cuenta de que todos estamos de acuerdo. ¿Nuestra compañera quiere un invernadero? Pues eso es lo que tendrá.

Nos pasamos toda la tarde transportando cajas de la casa de Maya a la nuestra. A ninguno de nosotros nos gustaba que llevara las cajas pesadas tan lejos, así que después del primer viaje, hicimos que se quedara en casa y se dedicara a guardar las cosas.

Nos sorprendió preparándonos la comida. Mi oso suspiró satisfecho cuando entramos en casa y olió la comida cocinándose en el fogón. Le gustó que ella quisiera cuidarnos.

Después de comer, hicimos una pausa en la mudanza para enseñarle nuestra propiedad. Keith, Evan y yo nos turnábamos para tomarla de la mano o arroparla. Las pequeñas caricias me volvían loco de necesidad, pero conseguía que mi oso no se desbocara. Los dos somos bastante pacientes, y hemos redoblado nuestros esfuerzos para serlo aún más cuando se trata de nuestra compañera, pero Dios, queremos marcarla y hundirnos entre sus muslos.

Intenté convencer a mi oso de que debíamos alegrarnos de que Maya se sintiera más cómoda con nosotros y con mis hermanos. Deberíamos alegrarnos de que pasara de temblar en nuestra presencia a dejar que la cogiéramos de la mano.

Sin embargo, a medida que pasaban las horas, todos empezamos a ponernos cada vez más nerviosos. Sé que en parte se debía a que se acercaba la luna de apareamiento, pero la otra parte eran nuestros osos. Habían estado presionando para salir todo el maldito día y yo estaba cansado de retenerlos.

Sin embargo, Maya por fin empezaba a confiar en nosotros y yo nunca haría nada para dañar eso.

Al final, Keith, Evan y yo dejamos a Maya en nuestra casa mientras vamos a buscar las últimas cajas a su casa. Aunque no queríamos suponer que pasaría nada esta noche, tampoco queríamos estar lejos de ella cuando saliera la luna de apareamiento.

Llevo las últimas cajas al interior y las apilo junto a la puerta. Parece que Maya ha hecho muchos progresos guardando las cosas y mi oso se calma cuando ve sus cosas por toda la casa. Está contento ahora que sabe que ella no se va a ningún sitio, pero la necesidad de marcarla sigue ahí.

—He hecho la cena —dice Maya, acercándose a la esquina de la cocina.

—Huele bien —le digo, pero en realidad solo puedo olerla a ella.

Miro a mis hermanos y veo que tienen el mismo problema que yo. Evan tiene la mandíbula tan apretada de tanto contener el oso que me sorprende que no se haya roto un diente.

«Dios, por favor, déjanos reclamarla pronto», rezo mientras nos dirigimos a la cocina para asearnos.

9

Maya

Los cuatro nos sentamos alrededor de la mesa, aunque en realidad nadie come la cena que he preparado. Normalmente me sentiría cohibida porque odiaran lo que cocino, pero sé que no es eso en absoluto.

Es la luna de apareamiento. Por supuesto, yo también lo siento. Lo he sentido todo el día. Claro que al principio mi conejo se asustó de los tres grandes osos pardos, pero durante todo el día mis compañeros me han demostrado que pueden ser amables. Keith, Evan y Theo me han hecho preguntas atentas y han hecho todo lo que estaba en su mano para tranquilizarme.

Cuando paseábamos por su propiedad, cada uno de ellos me dedicaba caricias tiernas, incluso me daban a escondidas algunos besos dulces, aunque solo en la frente o en las sienes. No voy a mentir, quería mucho más, pero no estaba segura de cómo pedirlo. Quiero decir, ¿enfrentarme a tres hombres? ¿Cómo iba a funcionar?

Pronto lo sabré. El sol está empezando a ponerse y mi conejo está como loco, saltando dentro de mi pecho y arañándome la garganta. Supongo que es verdad lo que dicen de que los conejos tienen más... apetito sexual.

Nunca antes había sentido atracción por nadie, ya que los cambiaformas solo pertenecen a su única pareja. O, bueno, en mi caso, a mis tres compañeros fuertes, sexys e imposiblemente dulces. Pero ahora que están en mi vida y tan cerca de mí... Puedo afirmar con rotundidad que tengo una necesidad feroz e insaciable de que me llenen, de que me tomen, de que me posean. Quiero que mis compañeros me violen, y lo quiero ahora mismo.

Dejo caer el tenedor sobre el plato, el ruido metálico hace que mis compañeros me miren.

—¿Todo bien? —Theo pregunta.

—Sí —asiento—. Bueno, no.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —pregunta Keith, saltando de su silla y arrodillándose a mi lado. Si antes no estaba segura de estos tres, ahora definitivamente lo estoy. Sé que se sienten al límite con la necesidad de reclamarme y, sin embargo, dejarían a un lado toda esa necesidad y deseo reprimidos para asegurarse de que estoy bien y me siento cómoda.

—Te... te necesito —susurro, incapaz de encontrar mi voz. Me duele el cuerpo mientras la lujuria me obstruye la garganta—. Todo de ti.

Keith gime y me toma, tirándome de la silla y poniéndome sobre su regazo. Me enreda los dedos en el pelo y me acerca a él, buscando en mis ojos cualquier signo de vacilación. Sin embargo, no dejo que cuestione mis intenciones por mucho tiempo.

Me inclino hacia delante y aprisiono sus labios con los míos, mi cuerpo se calienta e instintivamente me aprieto contra su regazo. Keith se abre a mí y desliza su lengua contra la mía; una mano sigue enredada en mi pelo y la otra se extiende por la parte baja de mi espalda y me aprieta más contra él.

Nos perdemos en el beso del otro y, antes de darme cuenta de lo que está pasando, me elevan en el aire. Jadeo y miro hacia arriba cuando Evan me saca del regazo de Keith para acunarme en sus brazos y presionar su boca sobre la mía. Le rodeo el cuello con los brazos y me hundo en su beso, dejando que me lleve por el pasillo hasta uno de los dormitorios.

Me deja en el suelo y empieza a quitarme la ropa despacio, con reverencia, recorriendo mi cuerpo con la mirada.

—Maya... —exhala Theo, acercándose a mí—. Tan jodidamente hermosa —se dice más a sí mismo que a mí.

—Impresionante —murmura Keith.

—Nuestra compañera —gruñe Evan.

Observo a los tres mirándome, sus ojos siguen la curva de mis pechos, mi cintura, mis caderas. Puedo sentir la necesidad y el deseo que desprenden en oleadas. Su lujuria coincide con la mía, sus gruñidos hambrientos resuenan por todo mi cuerpo y un calor líquido recorre mis venas.

Sus ojos no se apartan de los míos mientras se desgarran la ropa. Mis tres compañeros se desnudan tan rápido que apenas tengo tiempo de respirar.

Evan, Keith y Theo me rodean, devorándome con sus miradas hambrientas. Me siento como una presa, pero por una vez, no tengo miedo. Me siento atrevida, valiente y sexy.

Theo me tiende la mano, pero me alejo de él con una sonrisa de satisfacción. Keith es el siguiente en intentar atraparme, con sus grandes manos agarrándome por las caderas. Me zafo de su abrazo y sonrío cuando suelta un gruñido frustrado. Me doy la vuelta, con la esperanza de molestar más a mis compañeros, pero me topo con el pecho ancho y cincelado de Evan.

—¿Y adónde vas, conejito? —gruñe suavemente.

Se me corta la respiración y estiro el cuello para mirarle. Evan no me toca, pero el fuego abrasador de sus ojos y el tono grave y áspero de su voz me inmovilizan.

Me estremezco ante el poder que destila. Evan domina mi cuerpo sin ponerme un dedo encima. Me encanta. Quiero ser suya. Y de Keith. Y de Theo. Quiero a mis amigos dentro de mí, sobre mí, en todas partes a la vez.

Evan da un paso hacia mí y yo retrocedo instintivamente. Merodea hacia delante, arrinconándome contra el borde de la cama. Theo y Keith se le unen, flanqueándole a ambos lados. Los tres forman un sólido muro de músculos frente a mí.

Alargo la mano hacia ellos y dejo que mis dedos recorran los surcos de sus pechos y abdominales. Y luego mis manos bajan, bajan, bajan, hasta que envuelvo con mis dedos las palpitantes y duras vergas de Theo y Keith.

—Mierda —sisea Theo. Keith gruñe al mismo tiempo, echando la cabeza hacia atrás de placer.

Miro a Evan con una sonrisa socarrona mientras masturbo a sus hermanos. Se acerca a mí y aprieta su cuerpo contra el mío. Sus manos se deslizan lentamente por mi cuerpo desnudo, las yemas de sus dedos me hacen cosquillas en la piel.

Evan me enreda las manos en el pelo y tira de él, obligándome a mirarle. Me tiemblan las piernas y el corazón me late con fuerza.

Parece absolutamente letal. He puesto a prueba a la bestia frente a mí, y está en su punto de ruptura.

Siento los labios de Evan rozar los míos mientras me sujeta firmemente la cabeza. —Ahora te reclamamos, compañera. Eres nuestra.

Apenas puedo gemir antes de que sus labios se posen en los míos. Su beso es despiadado e inflexible, como el resto de su cuerpo. Gimo en su boca mientras me muerde el labio inferior y tira de él con los dientes.

Evan gruñe y me agarra de las caderas, empujándome hacia atrás sobre la cama. Se abalanza sobre mí un segundo después, besándome los párpados, la nariz, los labios, bajándome por el cuello, hasta que se lleva un pecho a la boca y me chupa el pezón sensible y lleno de piedrecitas.

—Jadeo sorprendida al sentir el tirón y el hormigueo en el pezón hasta llegar al clítoris. Enrosco las piernas alrededor de sus caderas y gimo al sentir su dura longitud deslizándose por mi raja.

Evan levanta la vista y me sonríe con maldad antes de besarme hasta dejarme sin aire. Me pasa los nudillos por la mejilla, por el hueco del cuello, entre los pechos, por la barriga y luego por el montículo, me mete dos dedos hasta el fondo y me retuerce.

—Evan —gimoteo, sacudiendo las caderas y arqueando la espalda sobre el colchón.

Su boca sigue el mismo camino que su mano, lamiendo y besando mi torso hasta que se desliza por la cama y separa mis pliegues con la nariz. —Necesito probarte antes de reclamarte, Maya —gruñe.

Lo único que puedo hacer es asentir y cerrar los ojos.

Evan me lame mi entrepierna mojada, haciéndome gemir. Al mismo tiempo, siento una lengua lamiéndome el pezón mientras otra me lame la clavícula. Abro los ojos y veo a Theo besándome en el cuello mientras Keith me chupa un pecho.

Los tres me acarician con hábiles lamidas de lengua: uno en mi agujero chorreante, otro acariciándome los pezones y otro deslizándose contra los míos. Los dientes de Evan se clavan en mi clítoris y tiran de él antes de chuparme y acariciarme de nuevo, haciendo resonar suaves gemidos por las paredes de la habitación.

Evan lanza su lengua dentro de mí, sacando mis jugos y arrastrándolos hasta mi clítoris, donde dibuja ochos con la punta de su talentosa lengua. Le agarro el pelo con los puños y lo retengo; mis caderas se sacuden y empujan solas mientras cabalgo sobre su cara y grito su nombre. Me presiona el bajo vientre con una gran mano, intensificando la presión que allí ya crece.

Theo gime en mi boca, metiendo la lengua y tragándose mis gritos desesperados. Keith me muerde el pezón mientras me pellizca el otro, haciéndome temblar y convulsionarme.

Mis músculos se tensan, mis muslos tiemblan, mis manos arañan el cuero cabelludo de Evan, y entonces jadeo mientras un poderoso orgasmo se apodera de mis huesos. Mi cuerpo se contrae una y otra vez mientras me libero, dejándome débil y sin aliento.

Mis compañeros no paran de besarme, lamerme y tocarme por todas partes. Aprieto los ojos, sintiendo todo lo que me están haciendo. Seis manos recorren mi cuerpo, tres bocas chupan, pellizcan y besan cada centímetro de mi piel.

—Guapísima —susurra Evan mientras me besa con la boca abierta la barriga, las costillas, los pechos y, por último, los labios—. Me encanta ver cómo te corres, Maya. Ahora quiero sentir cómo lo haces en mi puta verga hinchada.

Asiento con la cabeza y le rodeo el cuello con los brazos, tirando de él hacia mí para besarle febrilmente. Cuando tomamos aire, siento que una mano me agarra la barbilla y me gira la cara. Keith aplasta sus labios contra los míos mientras Evan se cierne sobre mí, gruñendo en lo más profundo de su pecho.

Otra mano me agarra la barbilla y separa mis labios de los de Keith. Antes de que tenga tiempo de procesar lo que está pasando, la boca de Theo cubre la mía en un beso ardiente.

Abro más las piernas para Evan, que acomoda sus caderas entre ellas y apoya su pesada virilidad en la costura de mi vagina, empujando a través de mis pliegues y golpeando mi clítoris con la cabeza. Evan se sostiene sobre un antebrazo y se agarra su longitud con la otra mano, guiándose hasta mi entrada. Me separo de Theo y miro fijamente los ojos dorados de Evan. Me mira con tanta intensidad, con tanta emoción, con tanta vulnerabilidad, que cualquier temor o duda se desvanece por completo.

—Te quiero, Maya —susurra justo antes de deslizarse dentro de mí y romper mi virginidad de un solo y largo empujón.

Siento cómo sus dientes se hunden en un lado de mi cuello cuando llega al final de mí. Le araño

la espalda y grito mientras el placer y el dolor se apoderan de mi cuerpo.

Se retira lentamente, y ambos miramos entre nosotros, viendo su enorme pene retirarse de mi centro, cubierto de mis jugos así como de mi virginidad.

—Jesús —gruñe.

—Maldita sea —murmura Keith.

—Hermosa compañera —susurra Theo.

Levanto la vista y me doy cuenta de que los tres están mirando fijamente hacia donde Evan y yo estamos conectados. Dios, ¿por qué hace tanto calor?

Gimo fuerte mientras él se hunde dentro de mí una y otra vez, aumentando la velocidad. Evan echa la cabeza hacia atrás y gime cuando engancho los tobillos a su espalda. Muevo las caderas y aprieto los talones contra su espalda, introduciéndole cada vez más dentro de mí. Mueve las caderas y me penetra hasta el fondo, haciéndome tensar y apretar mi intimidad a su alrededor mientras grito su nombre.

—Eso es, preciosa —gime, golpeando ese punto una y otra vez, martilleándome hasta hacerme añicos.

—¡Sí! Dios mío... —Me tenso y me abalanzo hacia delante, mordiéndole el cuello expuesto y marcándole, abrumada por la sensación de completa satisfacción al lamer mi marca.

Evan me penetra una última vez antes de encontrar su propia liberación. Repito su nombre una y otra vez, susurrándolo, gritándolo, rezándolo en silencio en mi cabeza hasta que los violentos espasmos de mi zona íntima disminuyen.

Lo siguiente que recuerdo es que me están elevando en el aire. Abro los ojos y veo a Keith de espaldas debajo de mí mientras me sostiene, haciendo flotar mi vagina chorreante justo sobre su longitud. Me muerdo el labio inferior y gimo, moviendo las caderas para animarle a continuar.

Gruñe y me desliza por su grosor, estirándome hasta el punto del dolor, pero me siento tan condenadamente bien. Cuando estoy completamente sentada sobre él, me sujeta e inclina mis caderas para que mi clítoris roce la base de su pene.

Gimo y me aprieto contra él, palpitando alrededor de su pene. Pongo las palmas de las manos en su pecho y me empujo hacia arriba, moviendo las caderas.

—Mierda, Maya, así. Móntame la verga y córrete para mí. Ven sobre mí, nena —Subo y bajo por su grosor, inclinando las caderas hasta encontrar un ángulo que nos hace gritar a los dos. Siento que alguien se acerca por detrás y sus labios se deslizan por mi hombro y mi cuello. —Tan perfecta, Maya —me murmura Theo en la concha de la oreja mientras sus manos se deslizan por mi torso.

Me agarra los pechos y me pellizca los pezones, haciéndome gritar. Alargo la mano hacia atrás y

le agarro un puñado de pelo, manteniéndolo cerca mientras me retuerzo encima de Keith.

La verga de Theo se encaja entre mis nalgas y empieza a rechinar contra mí. Jadeo y suelto un gemido entrecortado mientras le aprieto y le animo a seguir.

Theo suelta una risita oscura y me pellizca los pezones mientras me lame y besa el punto del pulso. —No te llevaré aquí hoy, amigo. Pero pronto. Pronto nos llevarás a los tres, ¿verdad?

Asiento con la cabeza mientras un escalofrío me recorre la espina dorsal, más de mis jugos goteando de mí ante la idea de ser tan minuciosamente utilizada por mis tres compañeros.

Muevo las caderas, haciendo que Keith eche la cabeza hacia atrás y suelte un suspiro. Una y otra vez, mi vagina se traga su enorme pene hasta que mi pecho se tensa y mis músculos tiemblan sin control.

Mi clítoris sobreexcitado roza la base de su vástago y me agarro al pelo de Theo con una mano mientras con la otra araño el pecho de Keith. Siento mi orgasmo agitándose en mi interior, amenazando con desatarse y destruirme por completo.

Keith debe notar la urgencia de mis movimientos. Me agarra de las caderas y me sujeta, follando dentro de mí y sacudiéndome las tetas con cada fuerte embestida. Theo gime mientras me amasa los pechos y frota su pene contra mi culo, manteniéndome quieta para que su hermano pueda destrozarme con sus brutales embestidas.

—Ven con nosotros, Maya —gruñe Theo mientras introduce un dedo en mi apretado anillo muscular. Jadeo ante la intrusión y gimo con fuerza, apretando mis dos agujeros alrededor de mis compañeros.

Theo bombea su grueso dedo dentro y fuera de mí mientras Keith sigue desgarrándome. Empiezo a temblar por todas partes, cabalgando ese dulce y agudo filo del éxtasis.

Theo introduce dos dedos en mi entrada trasera, desatando mi liberación. Suelto un sollozo mientras me arrasa, desgarrándome, arañándome las entrañas, arrancándome un grito de lo más profundo del pecho. Mi cuerpo tiembla y luego se afloja, zafándose del agarre de Theo. Me desplomo sobre el pecho de Keith y él me rodea con sus brazos, estrechando mi cuerpo sudoroso contra el suyo mientras sus caderas se sacuden sin control.

—Jesús, mierda, me corro, nena, me corro tan jodidamente fuerte —gruñe.

Siento cómo vacía su semen caliente y pegajoso dentro de mí, haciéndome chasquear alrededor de su miembro palpitante mientras un orgasmo inesperado me recorre el cuerpo. Ruge y me muerde el cuello, dejando su marca junto a la de Evan mientras una última descarga de semen sale disparada de su interior. Giro la cabeza y le hundo también los dientes en el cuello, saboreando su sangre y gimiendo mientras nos estremecemos de placer.

Una vez más, me levantan, solo que esta vez es Theo. Me saca de encima de Keith y luego me empuja sobre el colchón, boca abajo. Theo me agarra de las caderas, tirando de ellas hacia arriba y hacia atrás. Me levanto con brazos temblorosos y le miro por encima del hombro.

Los ojos castaños oscuros de Theo me abrasan con una mirada devastadora y, así como así, estoy lista para más. Mucho más.

Extiende sus manos sobre mis nalgas, masajeándolas, antes de abrirme del todo. Theo me penetra lentamente, su larga y dura virilidad deslizándose centímetro a centímetro en mi palpitante entrepierna. Siento cada vena y cada cresta mientras me penetra, golpeándome tan, tan profundamente.

Inclino la cabeza hacia atrás y gimo cuando está completamente dentro de mí. Theo gruñe y se queda quieto, con la verga palpitando mientras me agito a su alrededor.

Una mano me agarra la barbilla y me hace bajar la cabeza. Abro los ojos y veo a Evan arrodillado frente a mí, con su enorme verga ya dura de nuevo. Me roza los labios con la punta y desliza la mano hasta detrás de mi cabeza, empujándome hacia delante.

Lamo la gota de semen de la cabeza de su pene y luego chupo solo la punta. Gruñe y me agarra el pelo con fuerza, con una mirada de advertencia en sus intensos ojos marrones. Me mantiene la cabeza quieta mientras Theo me agarra por las caderas y la saca casi toda lentamente.

Los dos hombres me penetran a la vez, Theo golpea ese punto supersensible mientras Evan me da golpecitos en la garganta. Me ahogo, sollozo y tiemblo violentamente cuando vuelvo a correrme. No paran. No me dejan recuperarme. No me dejan respirar mientras me penetran. Con fuerza.

Consigo abrir los ojos y miro a mi alrededor buscando a Keith. Yo también lo necesito aquí. Sus ojos se clavan en los míos y le suplico en silencio que se acerque. Cuando está a mi lado, extiendo una mano mientras me sostengo con la otra. Enrollo los dedos alrededor de su pene y empiezo a acariciarla arriba y abajo.

—Maya —gime, inclinándose un poco para tocarme el pecho.

Gimo mientras mis hombres me folan, me reclaman y me follan salvajemente. Las lágrimas corren por mi cara mientras mi centro gotea y palpita. Evan me penetra la boca y luego se queda quieto. —Me voy a correr —gruñe. Se vacía en mi garganta y yo trago hasta la última gota.

Evan se aparta justo a tiempo para que Keith ocupe su lugar. Keith me clava los dedos en el pelo y me guía hasta su eje palpitante. Separo los labios para él y se la chupo, gimiendo alrededor de su grosor.

Detrás de mí, Theo desliza su mano hacia mi frente y me frota el clítoris en círculos furiosos. Mi zona íntima chasquea a su alrededor mientras el fuego arde en mi estómago. Las llamas me lamen los nervios mientras me penetra una y otra vez.

La verga de Keith palpita en mi boca y yo la lamo y la chupo hasta que noto su caliente descarga en mi garganta. Gruñe y descarga más semen en mi boca antes de salirse de mí.

Jadeo y gimo incontrolablemente mientras Theo me hace rebotar sobre su pene. Gruñe y desliza las manos por mi torso, levantándome para que mi espalda quede pegada a su frente. Me penetra

con su grosor mientras una de sus manos recorre mi cuerpo. Siento sus dedos rodear mi clítoris, despacio al principio, luego más deprisa, más deprisa, más deprisa, avivando las llamas en lo más profundo de mi ser.

Con la otra mano me aprieta el pecho mientras me folla con embestidas cortas y enérgicas. Theo me pellizca el clítoris y el pezón al mismo tiempo que me clava los dientes en el cuello. Mi cuerpo se sacude, se tensa, se convulsiona en sus brazos mientras un orgasmo brutal me abruma.

Me retuerzo en sus brazos, con la necesidad de marcarle como hice con sus hermanos arañándome las entrañas. Le rasco el cuello con los dientes y lo muerdo. Con fuerza. Theo ruge y explota dentro de mí, su semen me llena y luego gotea por mis muslos. Me suelta y me desplomo sobre la cama, haciéndome un ovillo en el colchón y cerrando los ojos. Estoy temblando y jadeando, con el cuerpo dolorido, agotado e increíblemente satisfecho.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, estoy acunada en los brazos de Evan, que me estrecha contra su pecho. Theo está detrás de mí, acariciándome la espalda con cariño, casi con ternura. Keith me extiende la mano desde el otro lado de Evan y me pasa los dedos por el pelo antes de darme un dulce beso en la frente.

—¿Estás bien? —susurra.

—Por favor, dinos que estás bien —dice Evan, su voz profunda retumbando desde su pecho y cubriéndome de seguridad y calidez.

—Te queremos, compañera. Nunca quisimos hacerte daño —murmura Theo, besándome la nuca antes de acariciarme el cuello.

—No me has hecho daño —consigo chillar—. Estoy muy bien. Dolorida, pero bien —Los tres suspiran aliviados, haciéndome sonreír. Mis compañeros son rudos y posesivos, pero tiernos cuando lo necesito. Me quieren y solo quieren cuidar de mí.

Permanecemos abrazados hasta que el sueño se apodera de mí. Siento que me cubren con una manta, y luego dulces y suaves besos en el cuello, la sien y la parte superior de la cabeza. Lo último que oigo antes de dormirme es a mis compañeros susurrándome lo mucho que me quieren.

10

Keith

Despertarme con Maya envuelta en mi cuerpo desnudo tiene que ser la mejor sensación del mundo. Bueno, correrme dentro de su apretado coñito puede que sea la mejor sensación del mundo, y clavar mis dientes en su delicada piel, marcándola como mi compañera, le sigue de cerca. Pero que se aferre a mí incluso mientras duerme es sin duda una de las mejores.

Theo se despierta en la cama demasiado pequeña y tiende la mano a Maya. La desenredo de mala gana y la pongo de lado, mirando a Theo. Los dos están casi dormidos, pero se acurrucan juntos. Me hace sonreír.

Me quedé de piedra cuando los tres nos apareamos con Maya y, a pesar de nuestro vínculo inmediato con ella, aún tenía mis dudas sobre cómo funcionaría todo esto. Sin embargo, al mirar a mi preciosa mujer en brazos de mi hermano, no siento celos. De hecho, siento que mi corazón se expande para dar cabida a todo el amor que nos rodea en esta habitación.

Evan se revuelve en la cama, se levanta, agarra un pantalón de chándal del suelo y se lo pone. Bosteza y se rasca el pecho antes de girarse para mirarnos. Una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios cuando ve a Theo y a Maya. Sé que está pensando lo mismo que yo. Esto es perfecto.

Cuando sus ojos se cruzan con los míos, inclina la barbilla hacia la puerta, indicándome en silencio que lo siga fuera de la habitación. Me inclino y beso a Maya en la cabeza, luego salto de la cama y me pongo unos pantalones cortos antes de unirme a Evan.

—¿Qué pasa? —le pregunto cuando le veo de pie en la cocina mirando la despensa.

—Estaba pensando que podríamos hacerle el desayuno.

—Querrás decir que pensabas que podría prepararle el desayuno —digo riendo entre dientes.

—Sí, pero me llevo parte del mérito ya que fue idea mía.

Le miro con los ojos en blanco mientras me encargo del desayuno. Sé que tenemos mucho bacon, pero a Maya no le gusta mucho la carne. Opto por un sándwich de huevo frito.

Unos minutos más tarde, se nos une Theo, que parece desaliñado, por no decir otra cosa.

—Maya te hizo un número, ¿eh? —Bromeo.

—Cállate, ella también te hizo un número —refunfuña.

—No me quejo en absoluto —replico con una sonrisa bobalicona en la cara. Tiene razón. Nos hizo un número a todos. Dios, nos la follamos tan duro y ella lo aguantó todo, dándonos todo a cambio.

Theo se ríe, al igual que Evan. Los dos empiezan a sacar platos y cubiertos, y luego Evan prepara el café. El desayuno está casi listo cuando oímos un grito de dolor procedente del dormitorio.

Mis hermanos salen corriendo, mientras yo apago la hornilla y dejo la sartén a un lado. En dos segundos estoy a su lado, los tres mirando a Maya. Sigue durmiendo, pero parece agonizar.

Evan y Theo parecen demasiado aturdidos para hacer nada, así que paso junto a ellos y me subo a la cama, cogiendo a Maya en brazos.

—Despierta, cariño. Despierta —le insisto, abrazándola.

—¿Keith? —pregunta somnolienta.

—Estoy aquí. ¿Qué pasa?

—Duele.

Esas dos palabras parecen sacar a Theo y Evan del estupor en que se encontraban. Ambos se unen a nosotros en la cama y calman a Maya con suaves caricias.

—¿Qué te duele? —Pregunto.

—Mi... mi...— aparta sus ojos de los míos mientras sus mejillas arden de un rojo intenso.

Miro a mis hermanos para ver si saben de qué está hablando. Los dos se encogen de hombros y parecen tan confusos como yo.

—¿Su qué? Maldita sea, hemos sido demasiado duros contigo —maldigo en voz baja. Ella dijo que estaba bien, pero Dios, destrozamos su cuerpecito maduro como las bestias que somos. —Iremos despacio—le prometo.

—¡No! —Maya prácticamente grita—. Quiero, no, necesito, lo contrario. Te necesito. Me... me duele mi entrepierna. Me duele todo. Me han dicho... —se interrumpe, sus mejillas se vuelven escarlatas.

Me estoy muriendo aquí. Me está costando cada gramo de fuerza de voluntad que tengo seguir escuchándola después de que dijera que me necesita y que le duele la zona íntima.

—¿Qué te han dicho?

—Que los conejos necesitamos mucho, eh... necesitamos mucho sexo. Como, lo necesitamos.

Mis hermanos y yo gruñimos posesivamente. Mi verga es de granito, y sé que ella lo siente cuando menea su tentador culito.

—Siempre te daremos lo que necesitas, compañera —murmuro antes de posar mis labios en los suyos. Ella se abre para mí y yo saboreo su gusto, acariciando cada centímetro de su boca. Me pertenece.

Me quitan a Maya de los brazos y la tumban boca arriba en la cama. Gruño, no me gusta que sus labios no estén sobre los míos. Theo me guiña un ojo antes de besar a nuestra chica. Aprovecho para levantarme y quitarme los calzoncillos antes de volver a la cama.

Evan gira la cabeza de Maya hacia él y le abraza los labios mientras Theo le besa el cuello. Maya estira una mano hacia mí, me roza los abdominales con los dedos y me agarra el pene. Gimo al sentir su suave piel sobre la mía y me acerco para que pueda tocarme más.

Theo y Evan consiguen separarse de ella el tiempo suficiente para desnudarse. Para cuando vuelven al colchón, ya tengo a Maya estirada debajo de mí y siento cada centímetro de nuestra hermosa compañera.

Desciendo la mano por su garganta hasta la clavícula, y mi boca la sigue de cerca, mordisqueando y chupando su dulce piel a medida que avanzo. Siento su respiración entrecortada, su espalda arqueada, su pecho apretándose contra mis labios mientras la devoro.

Le acaricio los pechos perfectos, los peso entre las manos y le acaricio los pezones con los pulgares. Los aprieto, lamo su escote y beso la parte superior de sus turgentes tetas antes de chuparme un pezón con la boca. Sigo un rastro de besos hasta su otro pecho y le doy el mismo tratamiento.

Mis manos se deslizan por su torso, dando acceso a mi boca a la sensible parte inferior de sus pechos. Pellizco uno y luego el otro, lo que me provoca los gemidos más deliciosos de Maya. Sigo besándola con la boca abierta por el vientre, deteniéndome solo para lamerle el ombligo y meterle la lengua.

Se retuerce bajo mis suaves caricias y besos, pero aún no he terminado. Deslizo la nariz y los labios por el interior de su muslo, subo las manos y le abro las piernas. Bien abiertas. Saco la lengua y lamo la unión de la pierna con el torso. Maya mueve las caderas, así que vuelvo a lamerla antes de pasar a la otra pierna y repetir el proceso hasta que se estremece.

Levanto la vista y veo a Evan devorándole los labios mientras Theo le masajea los pechos y le lame los pezones. Está increíblemente sexy, entregándonos su placer. ¿Necesita mucho sexo? Mierda, yo también lo necesito. Todos lo necesitamos. Siempre necesitaremos a nuestra pareja, su placer, su satisfacción.

Le abro las piernas de par en par y miro fijamente su vientre, gruñendo al ver cómo su excitación gotea por su agujerito palpitante. Jesús, no bromeaba. Nuestra compañera está sufriendo por nosotros.

Paso la lengua por su raja empapada y ella gime, restregando su humedad contra mi cara. Me doy cuenta de que ya está nerviosa, excitada por toda la atención que le estamos prestando.

Mis manos sujetan sus caderas mientras bebo de ella, lamiendo sus jugos y chupando sus

pliegues. Tiembla, gime y se retuerce. Me encanta saber que la controlo con la punta de la lengua.

Podría quedarme aquí horas, provocándola, saboreándola, manteniéndola al filo de la navaja. Pero necesita correrse ahora mismo. Me meto el clítoris en la boca y rozo con los dientes la sensible bola de nervios. Maya grita y se convulsiona debajo de mí, arqueando la espalda, con los nudillos blancos de tanto agarrar las sábanas y las piernas rodeándome la cabeza mientras chupo su semen.

Me echo hacia atrás, admirando mi trabajo. El pecho de Maya se agita con su respiración agitada, sus piernas caen hacia un lado y la abren aún más. Theo le chupa el pecho mientras baja la mano por su cuerpo y hunde los dedos en su raja.

Maya agita las caderas y grita mientras él bombea dos dedos dentro de ella, manteniéndola justo ahí, tan cerca del límite. Evan toma el otro pecho y le retuerce el pezón entre los dedos mientras le lame las marcas del cuello.

Todo su cuerpo se pone rígido, la tensión se desprende de ella en oleadas. Entonces, de repente, nuestra chica tiene espasmos y grita otro clímax, cubriendo la mano de Theo con sus jugos. Él gruñe y retira la mano, llevándose los dedos a la boca y lamiéndolos. Gime por su sabor, haciéndome desear más de ella.

Evan separa su boca de la de ella, ambos tragando aire.

Cuando se desvanecen los últimos temblores de su orgasmo, vuelvo a subir por su cuerpo y le doy un beso empalagoso, esparciéndole su semen por toda la boca. Se me pone tan dura cuando la ensucio. Me incorporo y Maya me sigue como un imán, aún jadeante y temblorosa por todo lo que hemos hecho hasta ahora.

Me sorprende poniéndome las manos en el pecho, girándome y guiándome para que me tumbe boca arriba. Maya se sienta a horcajadas sobre mí y se inclina para besarme, metiéndose la lengua en la boca y devorándome. Rompe el beso y se lame los labios, con un calor parpadeante en los ojos.

Entonces, mi preciosa e insaciable compañera se levanta sobre sus rodillas y se cierne sobre mi dolorosamente dura longitud. Noto cómo su vagina se contrae, cómo gotea más de su excitación. Me lanza una mirada perversa, sus ojos brillan con oscuros deseos.

Y luego se empala en mi longitud.

Ambos gemimos mientras la lleno, el placer se dispara por todo mi cuerpo cuando llego hasta el final. Mis manos suben por sus muslos y se agarran a sus caderas mientras las suyas se apoyan en mi pecho, dándole el impulso que necesita para rebotar y encontrar su ritmo. Se balancea sobre mí, apretando su dulce intimidad contra mí, antes de levantarse y volver a caer de golpe.

La mantengo en su sitio, suspendida sobre mi miembro mientras la empujo, controlando su placer.

Evan se arrastra por detrás de Maya, sus manos se deslizan por su espalda mientras la empuja hacia delante para que sus manos descansen a ambos lados de mi cabeza. Sus pechos se balancean justo delante de mi cara, rebotando con cada fuerte embestida que le doy.

Lamo su dulce piel y luego le chupo los pezones, mordiéndolos suavemente. Maya gime de placer y luego ahoga un sollozo entrecortado. Suelto su pecho de mi boca solo el tiempo suficiente para mirar a Evan, que le está metiendo los dedos por detrás.

Maya se estremece y contiene la respiración, empujando hacia atrás sin dejar de mover las caderas arriba y abajo. Es increíble.

—¿Listo, amiguita? —Oigo gruñir a Evan.

—S-sí—, tartamudea—. Necesito más.

Mis hermanos y yo gruñimos ante sus súplicas, necesitando saciarla en todos los sentidos.

—Mírame, Maya —susurro, mis manos se acercan a su cara—. Quiero ver cómo nos tomas a los dos.

Ella asiente con la cabeza y yo empiezo a chuparle los pechos otra vez, a provocarle placer mientras Evan la penetra lentamente. Maya se tensa y todo su cuerpo se queda inmóvil. Sigo besando y lamiendo su piel sensible mientras la sujeto. Muevo la longitud contra su vagina y su clítoris para aliviar su incomodidad.

Evan gime, el torturado sonido resuena por toda la habitación. Maya jadea, pero antes de que pueda recuperar el aliento, grita y se corre a mi alrededor. Evan gruñe posesivamente y empieza a follarle el culo mientras yo la mantengo en su sitio con las manos en las caderas.

Tomamos a nuestra compañera, la complacemos, le damos lo que necesita. La vagina de Maya chasquea alrededor de mí una y otra vez, su respiración no es más que jadeos superficiales mientras su orgasmo se abre paso por su cuerpo.

—Más —susurra, mirando hacia donde Theo ha estado esperando pacientemente y observando el espectáculo. Los tres gemimos ante nuestra sucia y hermosa compañera y su infinita necesidad.

Theo se arrodilla frente a ella, alimentándola con su pene. Ella gime mientras se rinde a nosotros, sus tres compañeros, a la vez.

Aprieto los dientes e intento aferrarme a mi liberación, necesitando esto para ella, necesitando darle todo lo que quiere. Deslizo la mano entre nuestros cuerpos, mis dedos encuentran su pequeño y duro clítoris y empiezo a frotarlo en lentos círculos.

Ella gime y palpita a mi alrededor. Evan gruñe y tira de ella hacia atrás para que pueda tomar más de él. Nos turnamos para llenarla mientras ella se la chupa a Theo.

Le lamo los pechos y froto su sensible manojo de nervios más rápido, más fuerte, hasta que gime sin control y tiembla encima de mí. Maya se desprende de Theo, echa la cabeza hacia atrás y

grita de placer.

Es demasiado para mí.

Con un rugido salvaje, desato mi orgasmo, llenándola con mi semilla. Maya me mira, sus ojos brillan de lujuria y amor. Luego, cierra los ojos con fuerza y su cara se tuerce de pura felicidad. Abre la boca en un grito silencioso y oigo a Evan gruñir por su clímax.

Estoy tan agotada y aún no me he recuperado del subidón que apenas me doy cuenta de que Theo levanta a Maya y la tumba boca arriba a mi lado. Le abre las piernas y se acomoda entre sus muslos, aunque aún no la penetra.

Theo le pasa los dedos por el pelo y le da un beso en la frente. —¿Listo para más, compañera?

Maya se muerde el labio inferior y asiente, haciéndonos gemir a Theo y a mí. Se sienta sobre los talones y le pasa una pierna por encima del hombro, y luego la otra. Maya jadea y gime en voz baja mientras sus ojos se oscurecen.

Theo le sonríe perversamente y penetra hasta el fondo de su estrecho canal. Establece un ritmo implacable, abriéndola mientras ella gime y se estremece bajo él. Consigo encontrar fuerzas para ponerme de lado y acomodarle el pelo detrás de la oreja, dejando que mis dedos recorran su cuello y su pecho.

Evan se tumba a su lado, le toma la barbilla y le acerca la cara. La besa con rudeza mientras yo le acaricio el cuello, lamiendo las marcas de los mordiscos. Siento una oleada de placer recorrerle la espalda cada vez que mi lengua rastrea las marcas de los dientes en su carne.

Le aprieto los pechos y sigo lamiendo sus marcas mientras Evan besa a nuestra compañera y Theo se la folla con brutales embestidas. Empieza a temblar casi violentamente, con las manos arañando las sábanas.

—S-sí —susurra una y otra vez—. Sí, compañeros, sí...

Los tres gruñimos y redoblamos nuestros esfuerzos, necesitando su orgasmo más que nada en el mundo. Gira la cabeza hacia mí y le beso los labios hinchados mientras Evan le toma el pecho con la boca.

Theo se introduce profundamente en ella mientras se tensa y deja escapar un doloroso gemido. Me lo trago, convirtiéndolo en parte de mí. Maya separa la boca de la mía, levanta la cabeza e inclina la espalda sobre el colchón.

Está suspendida en el tiempo, en el espacio, en un éxtasis absoluto, con su pequeño cuerpo a punto de romperse.

Y entonces nuestra compañera se rompe en pedazos, con un gemido desgarrado arrancado de sus entrañas al correrse tan jodidamente fuerte. Evan y yo la sujetamos mientras se sacude y se agita, cada uno besando y lamiendo los lados de su cuello, justo sobre sus marcas.

Theo gruñe y luego grita su liberación, apenas consiguiendo evitar caer al suelo. El último orgasmo de Maya se agota, dejando su cuerpo flácido, sudoroso y saciado. Theo deja las piernas de Maya sobre el colchón y se inclina sobre ella, besándola suavemente.

Los tres nos turnamos para abrazar a nuestra compañera y susurrarle cosas dulces mientras acariciamos su piel con toques relajantes. Cuando Maya por fin abre los ojos, me mira con tanto amor que me duele el pecho.

Luego mira a Theo de la misma manera, y finalmente a Evan. —Me alegro mucho de que seáis mis compañeros —susurra.

—Te queremos, Maya —le respondo, besándole la sien.

—Tanto, conejita —asiente Theo, besándole la otra sien.

—Eres tan guapa. Tan perfecta para nosotros —murmura Evan, cogiéndola en brazos y recostándola sobre su pecho. Ella suspira dulcemente mientras se acurruca sobre él. Theo y yo seguimos tumbados a su lado, contentos de ver dormir a nuestra pareja.

11

Evan

Los cuatro nos quedamos en la cama casi toda la mañana, aunque Maya fue la única que durmió. Estábamos encantados de ver cómo su pecho subía y bajaba con cada respiración mientras jugábamos con su pelo y le acariciábamos la espalda.

Nuestra compañera es absolutamente preciosa de una forma que ni siquiera puedo empezar a comprender. Cuando el sol de la mañana entraba por la ventana y se enredaba en su pelo rubio, tenía un aspecto etéreo, como un ángel que cayera en el regazo de tres osos pardos. Diablos, eso es más o menos lo que pasó.

Odio que al principio nos tuviera miedo. Odio aún más que sus padres fueran asesinados, y por osos, nada menos. No me extraña que huyera de nosotros.

Pero ver cómo ha crecido Maya en tan solo los últimos días, cómo nos ha confiado su cuerpo, su placer, su precioso corazón... bueno, eso me hace sentir muy orgulloso de ella. De nosotros. Los cuatro somos ciertamente poco convencionales -y eso es mucho decir cuando eres un ser que puede cambiar entre humano y animal- pero también somos perfectos.

Al final nos levantamos hace unas horas, aunque ninguno de nosotros quería abandonar la cama caliente y la promesa de más. Sin embargo, había tareas que hacer y recados que hacer.

Ahora vuelvo a la cabaña, donde Theo, Keith y Maya han estado limpiando. Tuve que comprobar algunos de nuestros proyectos de construcción y avisar a nuestros clientes de que nos retrasaríamos un poco. Todo el mundo se burlaba de mí con buen humor por compartir pareja con mis hermanos, pero me importa una mierda. Tengo suerte de haberla encontrado.

Al entrar por la puerta principal, veo algo que me alegra el corazón. Maya está acurrucada en el sofá, apoyando la cabeza en el regazo de Theo y sus lindos piececitos en el de Keith. Mis hermanos me miran con los mismos ojos bobalicones y enamorados que estoy segura de tener yo de ella.

Maya se remueve, se sienta, bosteza y estira los brazos por encima de la cabeza. Me muerdo un gemido cuando se le sube la camiseta, dejándome ver su piel cremosa. Maya me mira y levanta una ceja con una sonrisita de lo más sexy. Esta vez no puedo contener mi gruñido.

La pequeña se muerde los labios y, despacio, muy despacio, se levanta del sofá y camina hacia mí. Keith y Theo le miran el culo mientras ella se aleja de ellos. Maya se detiene delante de mí y echa el cuello hacia atrás para verme a los ojos.

—Te he echado de menos —murmura, con un brillo juguetón en los ojos.

—¿Ah, sí? —Me acerco un paso más, agarro sus caderas y la guío hacia atrás hasta que choca contra la pared.

—Mmhm...

Me inclino y beso su cuello, lamiendo sus marcas y gruñendo cuando se estremece.

—¿Qué echabas de menos de mí, compañera? —Susurro en sus labios—. ¿Mi beso? —Ella asiente con la cabeza justo cuando tomo su boca con la mía, burlándome de ella al principio, pero luego lamiendo su interior y enredando mi lengua con la suya.

—¿Has echado de menos mis caricias? —Pregunto una vez que nos separamos.

Maya asiente y gime de lo lindo para mí cuando deslizo las manos por debajo de la camisa sobredimensionada que lleva puesta. Maldición, me gusta verla con mi ropa.

Mis dedos recorren su suave piel, suben por su torso y se detienen a adorar sus pechos, que afortunadamente están al descubierto. Le pellizco los pezones y le aliso el escozor antes de quitarle la camiseta por completo.

—¿Has echado de menos mi lengua, preciosa Maya? —murmuro mientras le doy besos con la boca abierta por el cuello, la clavícula y el pecho. Me arrodillo frente a ella y sigo lamiendo y chupando su delicada piel, provocándola con la lengua hasta que tiembla entre mis brazos.

—S-sí... —tartamudea entre gemidos.

Froto la nariz contra su zona íntima cubierto de encaje y gimo al oler su excitación. Noto sus jugos empapando sus bragas y mojando la punta de mi nariz mientras la hundo más.

—Nuestra conejita necesita a sus compañeros —gruño. Maya grita mientras mis hermanos gimen. Es insaciable. Maya no bromeaba cuando dijo que los conejos necesitan más sexo y, maldita sea, no puedo creer que mis hermanos y yo se lo demos siempre que lo necesita.

—Evan... —jadea cuando sustituyo la nariz por la lengua, lamiendo la tela húmeda y luego chupándola.

Cuando ya no aguanto más, engancho los pulgares en la cintura de sus bragas y se las bajo de un tirón. Se las quita y abre más las piernas para mí, lo que hace que un gruñido retumbe en lo más profundo de mi pecho. Es todo el permiso que necesito.

Separo los labios de sus partes íntimas con los pulgares, lo que me permite ver sus bonitos pliegues rosados, relucientes de sus jugos. No puedo esperar ni un segundo más. Me zambullo en su interior, lamiendo su clítoris, metiendo la lengua en su apretado agujerito y mordisqueando sus labios exteriores. Su sabor golpea mi lengua, el sabor explota en mi boca y me vuelve loco de necesidad.

Mis manos se deslizan por las curvas de su cuerpo y la sujetan por las caderas, manteniéndola firme mientras sus piernas empiezan a temblar sin control. Maya gime con fuerza cuando le paso una pierna por encima del hombro, abriéndola aún más para mí. Me meto su clítoris en la boca y siento cómo sus dedos se enredan en mi pelo mientras me agarra con fuerza y aprieta su dulce ser contra mi cara. Gruño y le lamo el clítoris una y otra vez hasta que se me entumece la lengua.

Mi dulce y asquerosa compañera cabalga sobre mi cara como una diosa, sus caderas se sacuden, sus ojos se cierran, su cabeza se echa hacia atrás en éxtasis mientras grita mi nombre una y otra vez. Raspo con los dientes su pequeño manojo de nervios y noto cómo sus músculos se bloquean, llenos de una tensión que necesita desesperadamente ser liberada.

Le chupo el clítoris, mordiéndoselo una última vez, y Maya suelta todo lo que tiene dentro mientras se corre en mi cara. Bebo a lengüetazos los jugos que salen de su agujerito. Meto la lengua hasta el fondo de su canal, aún con espasmos, y gruño cuando siento sus paredes palpitar a mi alrededor. Maya vuelve a correrse, esta vez gritando de placer y estremeciéndose entre mis brazos.

Le doy golpecitos en el clítoris con la lengua, haciendo que su pierna resbale de mi hombro mientras la otra cede. La sujeto con fuerza, la aprisiono contra la pared y continúo mi asalto, sin detenerme mientras ella aguanta la última oleada de su orgasmo.

Maya se desploma contra la pared y cae en mis brazos. La cojo en brazos y me la llevo a la habitación, seguida de cerca por Theo y Keith.

Cuando la dejo en el suelo, le doy la vuelta y la arrojo a los brazos de Keith. Le acaricia la cara y la besa profundamente mientras Theo y yo nos quitamos la ropa. Keith vuelve a girar a Maya, dejando que Theo se sacie mientras él se desnuda.

Theo levanta a Maya, haciendo que ella rodee sus caderas con las piernas. Los dos caen sobre el colchón mientras se besan apasionadamente. Keith gime y se sube junto a ellos en la cama. Me quedo allí de pie, hipnotizado por Maya, que se gira de Theo a Keith, recibiendo placer de los dos.

Mierda, no puedo evitar acariciarme mientras la miro. Cada vez que estamos juntos, nuestro vínculo se hace más fuerte. Maya se rinde tan maravillosamente a nuestras caricias, su cuerpo dolorido y palpitante, y necesitando más de nosotros. Sus compañeros.

Puede que a algunos les parezca un lío, pero no puedo evitar deslizar la mano arriba y abajo por mi dolorosa erección mientras Theo toma a Maya con fuerza y rapidez. Los dos se arañan mientras Keith se inclina sobre ella y le muerde los pechos, el cuello, cada centímetro de piel que puede alcanzar.

Parece absolutamente depravada, pero de la mejor manera posible. Nada de lo que hacemos juntos está mal o es sucio si todos estamos de acuerdo, y me encanta que ella lo sepa instintivamente. Todos lo sabemos.

Theo ruge mientras ella se corre sobre él. Se hace a un lado mientras Maya se pone a cuatro patas y se da la vuelta. Su culo se coloca justo delante de la verga de Keith, haciéndole gemir.

Maya levanta la cabeza y sus brillantes ojos azules brillan de lujuria mientras me mira fijamente. —Yo también te necesito —susurra, bajando la mano por el torso hasta que los dedos se hunden en su raja. Maya cierra los ojos y gime cuando Keith la penetra por detrás.

Sigue frotándose el clítoris, haciendo que el líquido preseminal salga de mí como un hijo de puta. Cuando vuelve a abrir los ojos, están ardiendo de oscuros y sucios deseos.

—Lo que sea por ti, compañera —gruño mientras doy un paso adelante. Sustituyo su mano por la mía, froto su clítoris palpitante y gimo al sentir su cálida miel goteando sobre mi mano.

Maya estira la mano y me acaricia, esparciendo el flujo constante de mi excitación por mi pene. —Quiero probarte —gime, con las palabras entrecortadas y entrecortadas por la forma en que Keith la penetra.

Gruño y me muerdo el interior de la mejilla, no quiero correrme antes de que apenas me haya tocado. Le peino el pelo con los dedos, la mantengo quieta y rozo sus labios con la cabeza de mi pene. Ella saca la lengua y me lame, haciéndome gruñir ferozmente.

Maya se abre aún más para mí, permitiéndome deslizarme en su boca perfecta, caliente y húmeda. Gruño cuando su lengua suave como la seda se desliza por la parte inferior de mi longitud, y casi me vuelvo loco cuando gime alrededor de mi miembro.

Keith y yo llenamos a nuestra compañera una y otra vez. Sus gemidos se convierten en gritos de desesperación y, aun así, sigue chupándome mientras me masajea los huevos con la mano. Las embestidas de Keith vacilan un poco, y luego la penetra con fuerza, haciendo que ambos se corran.

Maya salta de mi verga, gritando su liberación, lágrimas derramándose por su cara.

Keith se baja de la cama y yo me abalanzo sobre ella, empujándola hacia atrás y colocándome entre sus muslos. Su vagina sigue espasmódico por su intenso orgasmo mientras dirijo la cabeza de mi miembro hacia su entrada, sintiendo cómo su agujerito palpitante masajea la punta.

—M-más, Evan. Por favor...

Mierda, nuestra compañera siempre está lista, siempre necesitada, y siempre cumpliremos sus deseos.

La empujo hasta el fondo con un rugido feroz, desgarrándola con cada golpe salvaje. Su vagina perfecta, caliente y empapado me envuelve con fuerza, succionándome cada vez que lo saco.

—No pares —gruñe, su energía desesperada llena la habitación, me llena a mí, mientras me la follo como ella necesita. De la forma que ambos necesitamos.

Sus uñas se deslizan por mi espalda y me muerde el cuello, justo sobre la marca que ha dejado allí, haciéndome gruñir en su boca mientras tomo sus labios en un beso de castigo. Le respondo con un áspero empujón que hace rebotar sus pechos.

—No pares —grita, esta vez más alto y con más fuerza.

No lo hago. Me pierdo en ella, la follo con fuerza, nuestras pieles se golpean mientras me salgo y vuelvo a penetrarla una y otra vez.

Maya jadea mientras su vagina empieza a ahogar mi longitud. Está a punto de correrse, puedo sentirlo. Acelero el ritmo y me inclino para chuparle sus preciosas tetas. Suelta un gemido entrecortado y enreda los dedos en mi pelo, aferrándome a sus pechos mientras me doy un festín con ellos.

—Ven por mí, compañera —gruño, mirando su hermoso rostro mientras corre hacia el clímax.

Maya respira agitadamente y contiene la respiración, su cuerpo se queda inmóvil, sus músculos se tensan y se tensan mientras yo golpeo su dulce vagina una y otra vez.

De repente, suelta toda la tensión que se agolpa en su cuerpo. Maya tiene espasmos a mi alrededor, exprimiendo la vida de mi virilidad mientras se retuerce debajo de mí y arquea la espalda. Me la follo chupándole los pezones y agarrándola por su jugoso culo, sujetándola para poder taladrarla contra el colchón.

Maya no para de correrse, liberando su dulce miel sobre mi pene. Se aferra a mí y yo la pongo a horcajadas sobre mí.

—Tan guapa así —la elogio. Mi perfecta y sexy compañera saca pecho e inclina la cabeza hacia atrás cuando cada uno de mis hermanos le chupa un pecho.

Gruño y le golpeo el culo, instándola a que me cabalgue mientras Theo y Keith adoran su cuerpo.

—Suéltame, preciosa —murmura Theo, antes de besar sus labios.

—Suéltate por nosotros, compañera —anima Keith, girando la cabeza de ella para poder besarla también.

No puedo hacer nada más que seguir gruñendo e intentar aguantar, necesitando que ella se corra antes que yo. Me meto entre los dos y le rodeo el clítoris con la yema del pulgar mientras Theo y Keith siguen chupándole los pechos.

Maya gime y aprieta el pelo de Keith y Theo, tirando con todas sus fuerzas mientras su cuerpo se tensa tanto. Tiembla y solloza, tan cerca, tan dolorosamente cerca de su final.

Le pellizco el clítoris y ella estalla, deshaciéndose ante nuestros ojos. Maya grita su orgasmo y se queda sin fuerzas, sostenida únicamente por Theo y Keith.

Finalmente, me doy permiso para soltarme. Con un rugido, vacío cuerda tras cuerda de semen pegajoso y caliente dentro de ella. Me duele la verga con la fuerza de cada nueva oleada. La lleno hasta el borde y luego sigo, mi orgasmo se prolonga más, más fuerte que nunca. Mi semen sale a chorros y cubre sus muslos.

Con una última embestida y un gruñido primitivo, vacío lo último de mi semen en su interior. Maya se desploma sobre mí y la envuelvo en mis brazos, estrechando su cuerpo tembloroso contra el mío.

Theo y Keith se arrastran a nuestro lado, cada uno de ellos la tranquiliza y le susurra cuánto la quiere.

Le acaricio la cara y la inclino hacia arriba para que nos veamos. —Dulce y perfecta Maya. Te amo con cada parte de mí. Eres mi compañera, mi corazón, mi para siempre.

Ella asiente con lágrimas en los ojos, asomando su hermosa y tímida sonrisa. —Yo también te quiero, Evan. Me encanta que seas fuerte y seguro de ti mismo, pero que quieras usar tu fuerza para construirme.

Me trago las lágrimas que me atascan la garganta y rozo sus labios con un beso antes de que Theo coja a nuestra compañera y la acurruque contra su pecho.

—Maya, eres amable, considerada y tan condenadamente hermosa. Este viejo oso te quiere, y yo también.

Solloza y suelta una risita antes de besarle dulcemente. —Yo también te quiero, Theo. Tu naturaleza silenciosa y comprensiva me llamó y me hizo sentir segura incluso cuando no sabía por qué.

—¿Ya es mi turno? —se queja Keith ruidosamente. Maya se ríe y luego grita cuando él la levanta y la aplasta contra su pecho. —Maya. Amor. Eres una mujer muy valiente al aceptar aparearte con nosotros tres. Conmigo, claro. Tal vez incluso Theo. ¿Pero Evan?

—¡Eh! —protesto dándole una palmada en el brazo. Keith me ignora, pero Maya se ríe, así que todo queda perdonado.

—Solo digo que eres increíble. Te queremos no solo porque eres nuestro compañero, sino por lo que eres. Nos has dado tu corazón y has confiado en nosotros, incluso después de todo lo que has pasado.

Maya suspira dulcemente y se acurruca más en el abrazo de Keith. —Yo también te quiero, Keith. Gracias por recordarme que está bien sonreír y reír, incluso cuando hay recuerdos dolorosos.

Keith besa a nuestra compañera y luego le mete la cabeza bajo la barbilla, tarareando suavemente.

Todavía hay muchas cosas que hacer en casa, proyectos que poner al día, una lista de piezas que pedir para el próximo trabajo de construcción, y por no hablar de la revisión con el Alfa para hacerle saber que hemos sobrevivido a la luna de apareamiento, pero nada de eso importa ahora mismo.

Toda mi vida me he enorgullecido de ser la responsable que se ocupa de todo y mantiene a todos

a raya, pero nada de eso importa. Lo único que importa ahora es cuidar de Maya. Y ahora mismo, todos estamos donde tenemos que estar.

12

Theo

Dos semanas después...

—Creo que deberíamos construirle un espacio de trabajo. Así al menos podría sentarse y trabajar en vez de estar de pie o de rodillas. No debería estar de pie todo el tiempo ahora que está embarazada de nuestros cachorros —argumenta Evan y yo me seco el sudor de la frente.

A Maya se le escapó que siempre le ha gustado la jardinería y trabajar en la granja de sus padres. Dijo que siempre quiso tener su propio invernadero y que lo que quiere nuestra compañera, lo consigue.

Hemos intentado mantenerlo en secreto, queríamos sorprenderla, pero ahora que las paredes y el tejado están levantados, cada vez es más difícil ocultarlo.

—Sigo pensando que deberíamos haber construido esto más cerca de la casa —murmura Keith mientras termina de cargar los sacos de tierra y tierra para macetas.

—Necesita la luz del sol —le recuerdo.

Si por él fuera, le habríamos construido una habitación para ajardinar dentro de la casa, probablemente el dormitorio.

Hace dos días supimos que Maya estaba embarazada. Lo olíamos en ella pero la llevamos a la partera para asegurarnos de que todo estaba bien. Estábamos preocupados porque Maya era muy pequeña y los cachorros que tuviera serían grandes.

La partera le había asegurado que todo iba bien y que Maya y nuestros bebés estaban a salvo. Ya hemos estado por toda la ciudad, haciendo saber a la gente que nuestra compañera está embarazada.

Maya se había reído, pero sabía que estábamos orgullosos y felices de haberla encontrado. Desde que llegó, todos nos sentimos completos. Hace que cada día sea mejor, más alegre. Era la pieza que nos faltaba y que ni siquiera sabíamos que nos faltaba.

—Tenemos que empezar a trabajar en las otras habitaciones pronto. Antes de que lleguen los bebés —dice Evan y yo asiento con la cabeza.

Hemos hablado de añadir más habitaciones a la casa ahora que hemos encontrado a Maya. Sabemos que la vamos a preñar al menos media docena de veces, así que necesitaremos el espacio extra.

—Podemos hacerlo una vez que este lugar esté terminado. No quiero que Maya esté cerca de la construcción, así que puede venir aquí mientras trabajamos.

Keith y Evan asienten, ambos sonriendo.

Hasta que olemos al otro animal.

Todos nos hemos movido antes de que el pequeño ciervo atraviese los árboles.

Todos nos echamos hacia atrás, dejando escapar un suspiro de alivio.

—¡Sascha! —Maya grita, la carga en torno a la curva en los arbustos y hacia nosotros.

Se detiene en seco, con los ojos muy abiertos mientras mira entre nosotros, el ciervo y el invernadero frente al que estamos.

—Tú... yo... —Maya tartamudea, con los ojos llenos de lágrimas mientras mira fijamente al invernadero.

—¡Sorpresa! —Keith grita y no puedo contener la risa.

—Dijiste que querías un invernadero —le digo, cogiéndola de la mano y llevándola hacia la puerta.

El ciervo se transforma en una niña de pelo castaño. Tiene unos suaves ojos marrones y retrocede un paso, escondiéndose detrás de un arbusto.

—¡Sascha! —dice Maya, alejándose de nosotros y corriendo hacia la chica.

Se abrazan y hablan durante un minuto antes de que Maya vuelva corriendo a casa. No tarda mucho y sonrío cuando la veo volver corriendo con la ropa en la mano.

—Vístanse —dice, arrojándonos algo de ropa a los tres y lanzándonos a los tres una mirada celosa.

Sonrío y me visto mientras Maya le lleva algo de ropa a Sascha. La chica se viste rápidamente y los dos se vuelven hacia nosotros.

—Sascha, estos son mis compañeros. Keith, Evan, y Theo, este es Sascha.

—Encantado de conocerte —decimos todos a una y ella asiente, dedicándonos una amable sonrisa.

—¿Qué haces aquí? —Maya pregunta.

—Pasaba por aquí y quería ver cómo estabas. Gunner y Malin me dijeron que habías encontrado a tus compañeros y me indicaron esta dirección.

—Me alegro mucho de volver a verte —dice Maya, dándole otro abrazo a su amiga.

—Lo olí —dice Sascha en voz baja, pero mis hermanos y yo seguimos oyéndola.

—¿Quién? —Maya pregunta.

—Mi compañero. Estuvo aquí, pero su olor casi ha desaparecido.

Maya nos mira con cara de preocupación y confusión.

—¿Quién estuvo aquí recientemente que podría ser su ma- OH! ¡Killian!

—¿Killian? —Sascha dice, todo su cuerpo se anima.

—Sí, es el Alfa de la Manada del Río Negro. Estuvo aquí para felicitar a Gunner y Malin por encontrar a sus parejas. Se fue para volver a su manada hace unas dos semanas.

—La Manada del Río Negro —dice Sascha para sí misma, pero puedo ver su emoción.

Lo entiendo. Estoy seguro de que Keith, Evan y yo también tuvimos la misma mirada cuando encontramos a Maya por primera vez.

—¿Recuerdas cómo llegar? —pregunta Maya y Sascha asiente rápidamente.

—Luego nos ponemos al día —dice Maya con una sonrisa y sé que puede ver las ganas que tiene Sascha de irse a buscar a Killian.

—Buena suerte —le digo y ella me sonríe.

—Gracias. Volveré pronto para ponerme al día —le dice a Maya, dándole un rápido abrazo antes de darse la vuelta y adentrarse de nuevo en el bosque.

Deja la ropa doblada sobre una roca y se transforma en su pequeño ciervo de cola blanca, despegando de nuevo entre los árboles.

—Ahora —empieza Maya, volviéndose hacia nosotros—. Enséñame mi invernadero.

Todos sonreímos mientras la conducimos al invernadero y le enseñamos lo que hemos construido.

13

Maya

Un año después...

—Quédate en la cama. Vamos a por él —me ordena Evan mientras mis compañeros se arrastran fuera de la cama para tomar a nuestro bebé que llora.

—Voy a tener que darle de comer —señalo pero ya están saliendo por la puerta.

Me tumbo contra la montaña de almohadas y cierro los ojos. Es temprano, pero nuestro hijo parece muy madrugador. Siempre está levantado y listo para comer y jugar antes incluso de que salga el sol. Mis compañeros siempre insisten en que me quede en la cama, y cada mañana hacemos este baile.

Solo ha empeorado desde que supimos que estaba embarazada de nuevo. Parece que ya no quieren que haga nada. Tampoco veo que eso vaya a mejorar pronto.

Theo vuelve a la habitación unos minutos después y sonríe suavemente a Owen. Me lo pasa y me siento un poco más para poder amamantarlo.

Theo se sienta en el borde de la cama y me aparta el pelo de la cara mientras Owen se agarra a él.

—Keith y Evan están haciendo el desayuno. ¿Quieres comer en la cama esta mañana?

—Todavía no tengo tanta hambre —digo, con el estómago revuelto ante la idea de comer.

Las náuseas matutinas son mucho peores esta vez y parece que no puedo digerir nada hasta cerca del mediodía.

—¿Quieres agua o algo? —pregunta Theo, con los ojos nublados por la preocupación.

—No, solo dormir un poco más.

Theo asiente y se mueve para frotarme los pies mientras yo cambio a Owen al otro lado.

—Tenemos que prepararnos para ir pronto a ver a Sascha —le recuerdo a Theo, con los ojos cerrados.

—Le pedí que viniera en su lugar y dijo que sí. Va a traer a Brent para que pueda jugar con

Owen.

Sonrío, me encanta esa idea. Me encanta que mis compañeros siempre estén pendientes de mí y se aseguren de que consigo lo que quiero.

El mes pasado me construyeron una ampliación del invernadero. He estado allí todos los días, plantando y regando, asegurándome de que todos los cultivos tienen suficiente luz. Tengo suficientes verduras para alimentar a toda la manada y acabamos de plantar arbustos de arándanos, frambuesas y moras. Tardarán unos años en producir bayas, pero ya estoy entusiasmada.

Se me cierran los ojos y siento que Theo se lleva a Owen. Se levanta y me da un beso en la frente antes de volver a meterme en la cama y salir de la habitación.

Sonrío, recordando cómo me habían asustado cuando los conocí. Pueden parecer grandes y asustadizos, pero en realidad son grandes osos de peluche.

Mis osos de peluche.

Me acurruco más entre las mantas y sonrío mientras el sueño me invade y me dejo llevar, soñando con mis amigos y nuestros bebés.

14

Keith

Diez años después...

—Gracias por vigilarlos —le digo a Malin, intentando que no se me note lo mucho que quiero irme.

Mi oso me está arañando, exigiendo que volvamos a casa. AHORA.

—No hay problema —dice Camden riendo, y sé que me está tomando el pelo.

—Los veré mañana, niños. ¡Pórtense bien con el tío Malin y la tía Camden!

No me contestan. Ya se están peleando con su amigo.

—¿Estás seguro de que...? —Empiezo pero Malin me interrumpe, acercándose por detrás de su compañero.

—Fuera —dice simplemente, cerrándome la puerta en las narices.

Oigo a Camden decirle que tiene que ser más amable y luego la tiene clavada en la puerta. Me voy antes de que pueda oír nada más.

Es noche de luna de apareamiento y mis hermanos y yo estamos intentando que Maya se quede embarazada por última vez. Queríamos una familia grande y, aunque los cinco niños son perfectos, esperamos una niña. Alguien que se parezca a nuestro compañero.

Me muevo y dejo salir a mi oso, que ruge de alegría mientras atravesamos los árboles en dirección a casa.

Hemos tenido que ampliar la casa cada vez más con los años, pero mis hermanos y yo no nos quejamos y sé que a Maya también le encanta. Ha pasado de estar sola a tener la casa llena de gente. Cuando es demasiado, se va a trabajar a su invernadero.

También lo hemos ampliado con los años. Ahora se encarga de plantar todo el paquete y le encanta. Tenemos todo tipo de verduras, frutas y flores que puedas imaginar. O al menos, eso parece.

Mis hermanos y yo decidimos que queríamos estar más en casa, así que formamos a algunos de

los otros miembros de la manada y empezamos a tomarnos más días libres. Ahora solo uno de nosotros va cada día a ayudar mientras los otros dos se quedan en casa con Maya y los niños.

Doblo la esquina, veo la casa y mi oso sonríe, emocionado por esta noche. Oigo a mis hermanos decirle a Maya que deje los platos, que los retirarán mañana, y me muevo, salto las escaleras y entro volando en la casa.

El celo del apareamiento la alcanzará en cualquier momento y siempre nos hace falta a los tres para quitarle el dolor.

—Voy a acabar con ellos ahora —discute con Evan y Theo y puedo ver el momento en que Evan estalla.

La tiene sobre su hombro en el siguiente momento y se dirige a las escaleras cuando Maya empieza a llorar.

—¡Bájame!

Todos nos quedamos paralizados y nos apresuramos a ponerla en pie y asegurarnos de que está bien.

—¿Qué pasa? —pregunta Theo mientras le agarra el codo.

—No quería que le hicieras daño al bebé. Has trabajado tanto para tener una niña —dice Maya, mirándonos con lágrimas en los ojos.

—¿Estás embarazada? —Pregunto, sorprendida.

Normalmente podemos olerlo en ella. Los tres nos inclinamos hacia ella, enterrando nuestras caras contra su suave piel y yo me alejo de un tirón. Ella tiene razón. Es débil, pero está ahí.

—¿Cuándo te enteraste? —pregunta Evan.

—Vi a Bea hoy y me lo dijo en realidad. Me ha dicho que esta vez también siente que es una niña.

Sonrío a Maya y soy el primero en besarla, pero mis hermanos me apartan para decirle lo contentos que están poco después.

Theo la levanta al estilo nupcial y nos dirigimos al dormitorio.

—Intentaremos ir despacio esta noche —dice Evan mientras empieza a quitarse la ropa.

Theo hace lo mismo, pero yo ya estoy desnudo, así que me meto en la cama con Maya y la arrastro hasta mis brazos.

—Sé que ser llevada así y el sexo duro no harán daño al bebé. Solo quería decirles antes de que se dieran cuenta. Quería poder sorprenderlos por fin con la noticia.

—Pues lo hiciste —le digo, enterrando mi cara en su cuello y empezando a besar su cuerpo mientras sale la luna de apareamiento.

Theo y Evan tiran de su ropa y yo sonrío.

—Te queremos —le digo y ella sonríe.

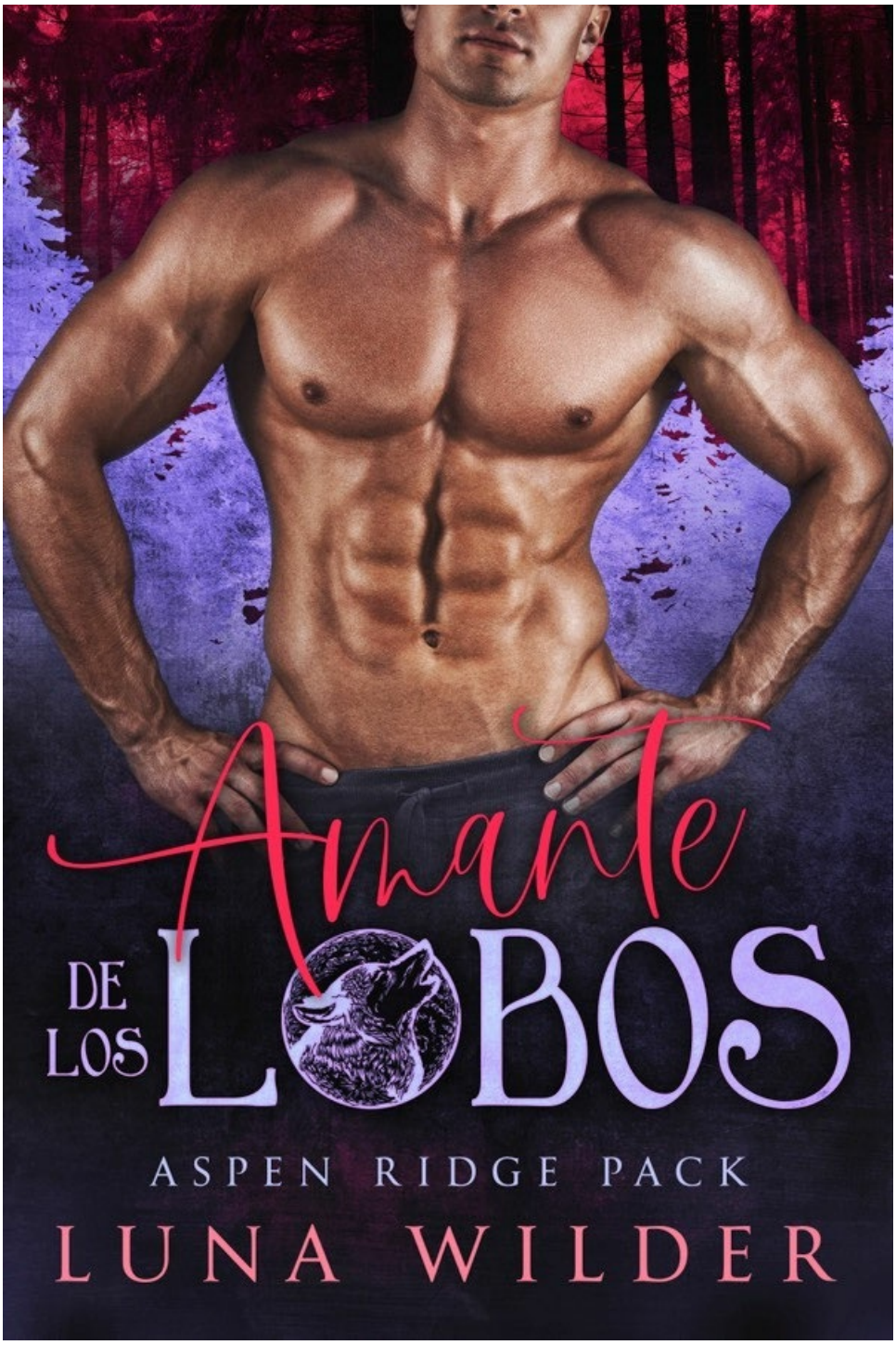
—Yo también los quiero.



¿Buscas más libros en español? ¡Échales un vistazo aquí!

WANT A FREE BOOK?

¡Consigue Wolf Lover gratis! ¡Puedes hacerte con tu copia aquí!



Visite www.lunawilderbooks.com para obtener más libros gratuitos.

ACERCA DEL AUTOR

Autor de novelas paranormales. ¡Amante de los hombres altos, las mujeres fuertes y los felices para siempre! Si te encantan los compañeros predestinados, los cambiantes sexys, las mujeres con curvas, los hombres alfa y las especias, ¡entonces te encantará un libro de Luna Wilder!

www.lunawilderbooks.com







OTRAS OBRAS DE LUNA WILDER

Aspen Ridge Pack: Shifter M.D.

Bitten By The Doctor

Bound To The Doctor

Fated To The Doctor

Marked By The Doctor

Aspen Ridge Pack: Loners

The Grizzlies Captive Mate